

# UF, ¿Y PARA QUÉ VOTAR?

BENITO TAIBO • ROSA BELTRÁN  
ANTONIO MALPICA • JORGE VARGAS B.



ILUSTRACIONES DE SANTIAGO SOLÍS

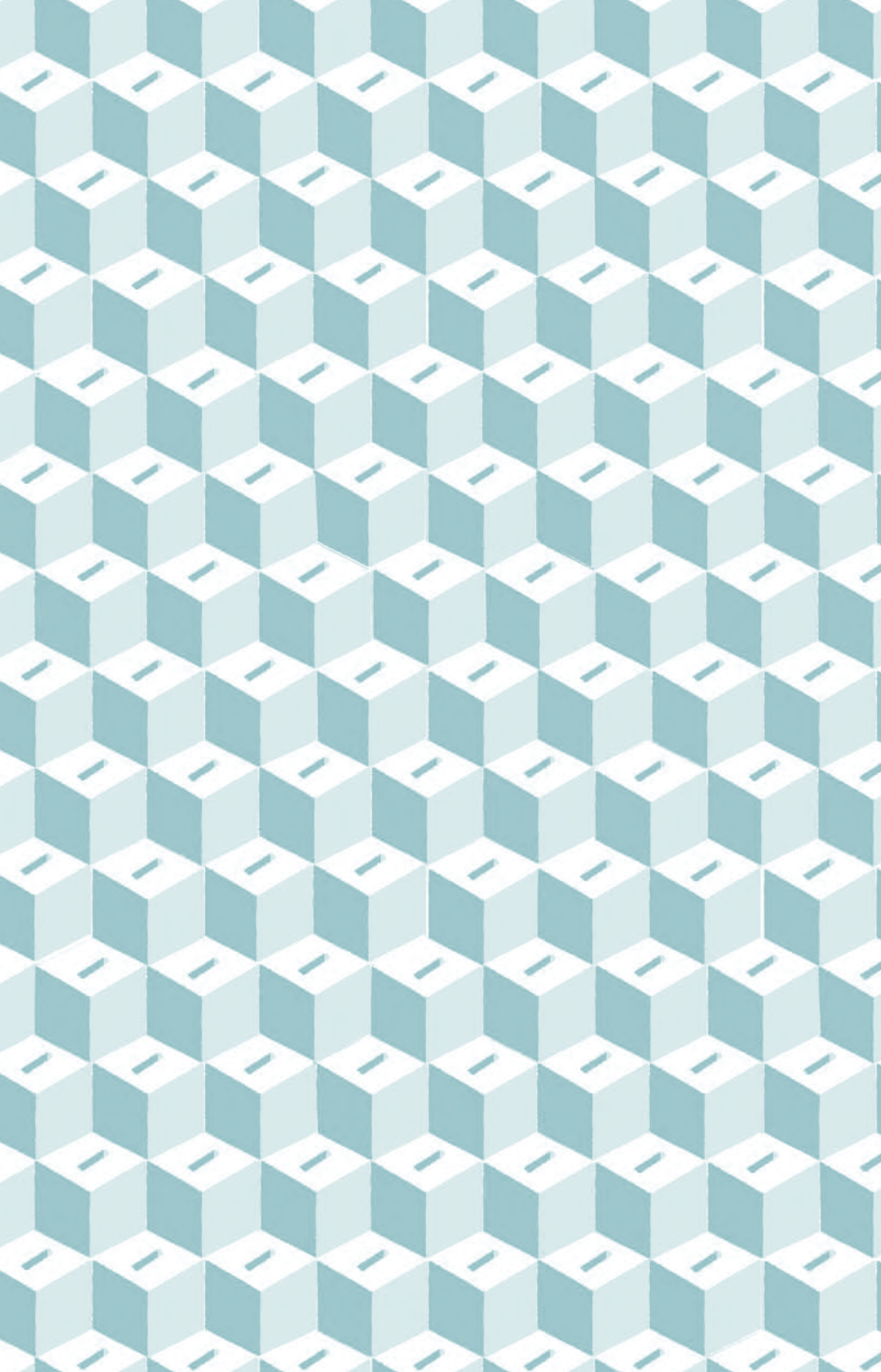
**BENITO TAIBO.** Periodista, poeta y guionista. Su trabajo transita entre la poesía, el cómic, la televisión, la radio y la publicidad. Ha escrito, entre otras novelas, *Persona normal*, *Desde mi muro*, *Polvo* y *Corazonadas*.

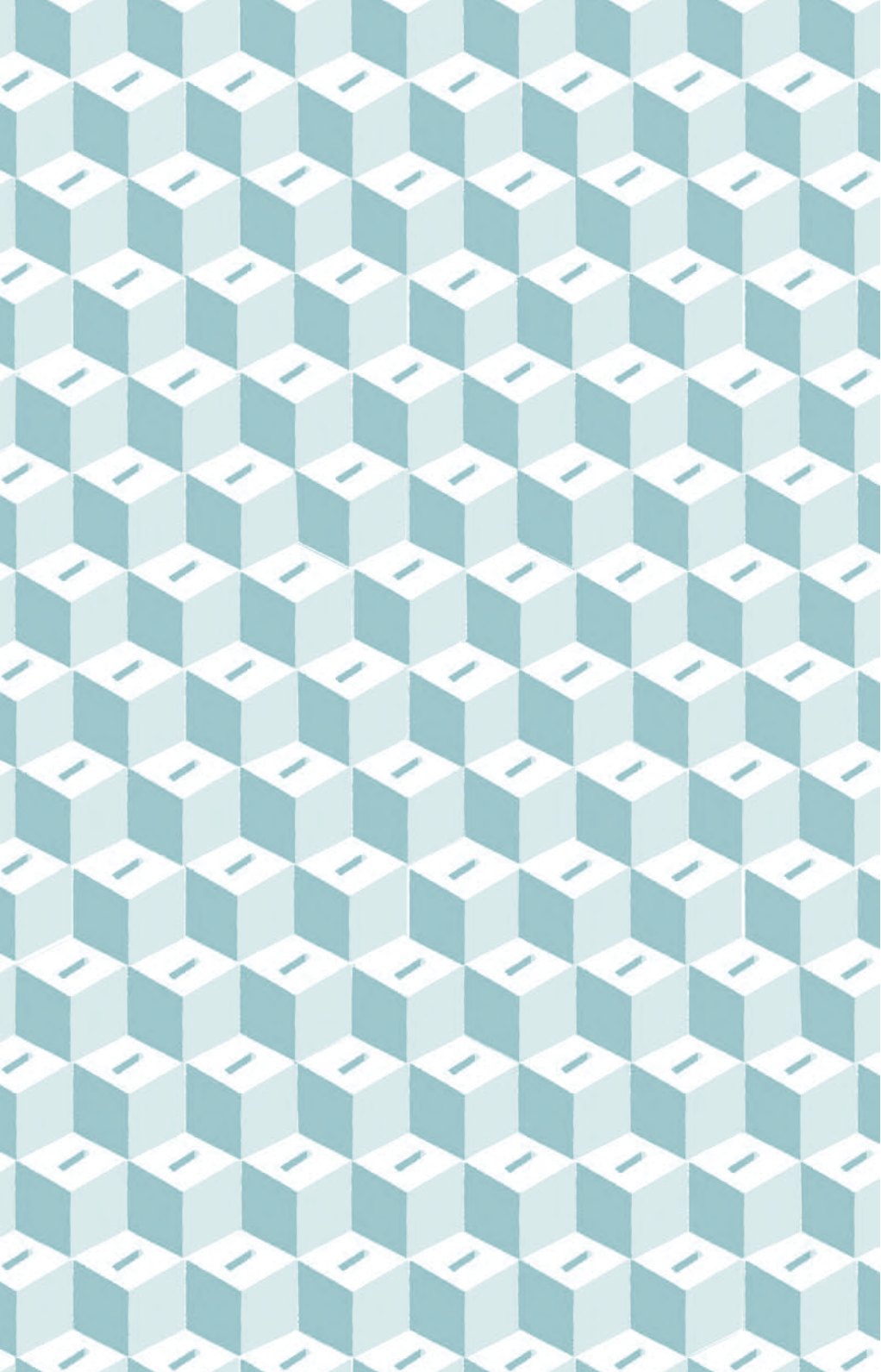
**ROSA BELTRÁN.** Narradora, ensayista y traductora. Algunos libros suyos son *La corte de los ilusos*, *El paraíso que fuimos* y *Efectos secundarios*, y parte de su obra se ha traducido a varios idiomas. Ha recibido importantes distinciones, entre ellas, el Premio Planeta de novela y el Premio Sor Juana Inés de la Cruz.

**ANTONIO MALPICA.** Escritor, ingeniero en sistemas y músico. Ha merecido el Premio Iberoamericano SM de Literatura Infantil y Juvenil, y numerosos galardones nacionales e internacionales, como el prestigioso Premio White Ravens gracias a *Por el color del trigo*.

**JORGE VARGAS B.** Asesor en comunicación política, narrador y profesor universitario. Ha publicado en *El Nacional*, *La Jornada*, *unomásuno* y en las antologías *Narrar el instante*, *La escritura invisible* y *Nuevas interpretaciones de la democracia en América Latina*.

**SANTIAGO SOLÍS.** Ilustrador, diseñador y director de arte. Ha sido seleccionado por importantes catálogos de cartel e ilustración tanto en México como en el extranjero. Dirige su estudio Mano de Papel.







# UF, ¿Y PARA QUÉ VOTAR?

BENITO TAIBO · ROSA BELTRÁN  
ANTONIO MALPICA · JORGE VARGAS B.

## Uf, ¿y para qué votar?

Primera edición: abril, 2018

D. R. © 2018, Rosa Beltrán, por “Lo que realmente importa”

D. R. © 2018, Antonio Malpica, por “Mi historia con la democracia y por qué siempre la pido con la salsa aparte”

D. R. © 2018, Benito Taibo, por “De cómo conocí a la mujer que cambió mi vida”

D. R. © 2018, Jorge Luis Vargas Bohórquez, por “Zurdos y diestros”

D. R. © 2018, Santiago Solís, por las ilustraciones

D. R. © 2018, Instituto Nacional Electoral  
Viaducto Talpan núm. 100, esquina Periférico Sur,  
col. Arenal Tepepan, C. P. 14610, Ciudad de México

D. R. © 2018, derechos de edición mundiales en lengua castellana:  
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.  
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,  
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C. P. 11520,  
Ciudad de México

[www.megustaleer.mx](http://www.megustaleer.mx)

Diego Medrano, por el diseño de cubierta  
Patricia Pérez Ramírez, por el diseño de interiores

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <https://cempro.com.mx>).

ISBN: 978-607-316-697-3

Impreso en México – *Printed in Mexico*

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

 **INE**  
Instituto Nacional Electoral

"Creemos que existe una salida, pero no sabemos dónde está. No hay nada del exterior que nos indique cuál es. Debemos descubrirla nosotros mismos. Lo que el laberinto enseña no es la dirección del escape, pero sí los caminos que no llevan a ningún lugar."

NORBERTO BOBBIO

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 7 • MI HISTORIA CON  
LA DEMOCRACIA Y POR QUÉ SIEMPRE LA PIDO  
CON LA SALSA APARTE 13 • LO QUE REALMENTE  
IMPORTA 61 • DE CÓMO CONOCÍ A LA MUJER QUE  
CAMBIÓ MI VIDA 93 • ZURDOS Y DIESTROS 107





# INTRODUCCIÓN

LORENZO CÓRDOVA VIANELLO<sup>1</sup>

**ALGUNOS DICEN, CON ALGO DE SORNA,** que la juventud es una enfermedad que se cura con el tiempo. A mí me parece, francamente, que esa expresión está muy alejada de la realidad. Aunque, desde otro punto de vista, si la juventud fuera, en efecto, una enfermedad, esperaría que ocurriera una pandemia. Así es, una pandemia que abrumara a todos de pasión y entrega por sus ideales y por aquello en lo que creen. Una enfermedad generalizada, global, que imprimiera en la voluntad de las personas la frescura y la vitalidad de quienes piensan y sienten que otro mundo es posible y que está en sus manos cambiarlo. Sí, eso estaría muy bien. Pero la juventud no es, por supuesto, una enfermedad. Es en todo caso un estado mental, una forma de ver y enfrentar el mundo, una condición vital que no pasa necesariamente por una edad específica, aunque se le asocie con ella.

¿Y a qué viene este tema de la juventud? Todo esto importa porque este libro, los textos que aguardan en las siguientes páginas para ser leídos, comprendidos, refutados, disfrutados y criticados, han sido escritos para jóvenes. Este libro está pen-

---

<sup>1</sup> Consejero Presidente del Instituto Nacional Electoral.

sado para los 12.8 millones de jóvenes ciudadanos mexicanos que podrán votar, por primera vez, para decidir quién quieren que sea su próximo Presidente de la República y, entre ellos, para los seis millones que votarán, también por primera vez, para elegir diputados y senadores. Para ustedes es este libro. Por supuesto, todos los demás también lo pueden leer, pero en esta ocasión, nos importan específicamente esos jóvenes.

¿Y por qué importan tanto los jóvenes, en especial los que podrán votar por primera vez este 1º de julio por sus representantes? Importan por muchos motivos, pero para abreviar sólo menciono algunos de ellos.

La sociedad mexicana vive momentos de desencanto con la política y la democracia, y en particular con quienes se les asocia de forma más visible: los partidos, los congresos, los políticos, los gobiernos. Poco a poco, casi sin darnos cuenta, pareciera que hemos ido pasando del desencanto con los políticos a la desesperanza con la política y su esencia, con la democracia y la participación en la vida pública de nuestra comunidad y del país en su conjunto. Uno puede entender las razones de la decepción. La desigualdad, la corrupción, la inseguridad y la violencia que tanto nos han afectado durante ya mucho tiempo nos pueden hacer pensar que participar, informarse, discutir, argumentar y votar carece de sentido. Recluirse a la vida privada, no participar, será siempre, claro, una opción legítima, especialmente en una sociedad libre como en la que vivimos.

El problema es que la desesperanza es amiga de la inmovilidad, y es ahí, justamente, donde aquello que no nos gusta —la corrupción, la desigualdad, la pobreza, la violencia— puede florecer con mayor fuerza. En la historia del mundo hay muchos ejemplos de cómo una sociedad que ignora o se

hace de la vista gorda ante los problemas que la aquejan da espacio para que éstos crezcan.

Tengo que insistir en un punto. Decía líneas arriba que retirarse a la vida privada —a lo que a veces contribuye la desesperanza— es siempre una opción de vida. Evitar la discusión de los problemas que nos afectan, renunciar a participar en su solución y sólo abocarse a los temas más inmediatos de la vida personal es siempre una alternativa. Sin embargo, incluso la vida privada requiere de la vida pública, de la vida *en* y *con* la comunidad, para florecer y alcanzar todo su potencial. Lo privado y lo público no están por completo separados, aunque nunca sean, ni deban ser, lo mismo, por supuesto. Pero sucede que, en muchos temas, la posibilidad de lograr lo que queremos en la vida privada requiere que existan ciertas condiciones en la vida pública.

Trato de ilustrar la idea anterior con un ejemplo. Una mujer difícilmente puede alcanzar todo su potencial en una actividad laboral si no siente, y confirma en la realidad, que el esfuerzo que pone en su trabajo será recompensado de forma igual al esfuerzo que un hombre ponga en un trabajo o actividad igual o comparable. Si se hace una diferencia únicamente por ser hombre o mujer, hay una situación de desigualdad evidente que no sólo afecta los incentivos que una mujer tenga para trabajar con esfuerzo y dedicación (lo que afecta su esfera privada), sino que también hay un perjuicio social (la esfera pública) porque se castiga una característica de una persona que nada tiene que ver, en principio, con su desempeño en un trabajo; así, no solamente una mujer en particular se ve afectada, sino toda la sociedad, sobre todo si este ejemplo que doy es una práctica recurrente y sistemática en una comunidad.

Déjame ligar lo anterior con el tema de las elecciones; a fin de cuentas, el título de este libro quiere motivarte a pensar, a que pensemos todos, sobre la utilidad del voto. Ir a votar es una oportunidad increíblemente valiosa para que elijas a aquel o aquella representante que defienda con mayor claridad eso que tú crees que es importante, para ti y para tu comunidad. Es una oportunidad también —aunque no la única, claro— para que le exijas a quien tú decidas darle tu voto que cambie, que cumpla con lo que una vez te ofreció y veas que no ha cumplido. Lo pongo de esta manera: uno bien puede afirmar que las elecciones, ir a votar y todo lo que ello supone (como informarse e intercambiar puntos de vista con otros), es tanto un acto individual como colectivo que expresa, a veces sin saberlo, el vínculo que hay entre nuestros intereses personales y nuestras preferencias colectivas.

Sí, lo sé, las elecciones ya se han vuelto casi rutina, incluso para quienes votarán por primera vez el 1° de julio de este año. También sé y entiendo bien que las campañas, con las que siempre asociamos las elecciones, se han convertido, a veces, en un espectáculo no muy enriquecedor. Pero sucede, y esto es fundamental, que las elecciones son todo menos una rutina. No puedo explicarlo aquí como quisiera, por razones de espacio, pero debes saber que para hacer posible que una persona vote y su voto se cuente, como en efecto sucede desde hace décadas en México, hay miles de actividades y millones de mexicanos que se suman para organizar una elección y permitir que el 1° de julio tú puedas ir a una casilla y votar.

Todo lo que he dicho antes trata de responder a la pregunta de este libro, “¿para qué votar?”. He dado varias razones de por qué es importante votar y debo agregar una primordial: el voto no sólo consiste en ratificar que la mejor forma de

elegir a nuestros representantes es por medio de un proceso en el que el conflicto natural que hay en sociedades plurales y diversas, como la nuestra, se puede resolver de forma pacífica. Votar es apostarle a solucionar nuestros conflictos y elegir a nuestros gobernantes en paz.

Hay otra razón muy importante para votar. Ejercer el derecho que tenemos de votar es una forma de confirmarnos, a nosotros mismos y a todas las personas que conocemos y que nos importan, y también a quienes no conocemos pero igualmente forman parte de nuestro país, que pertenecemos todos a una misma comunidad. Ir a votar es afirmarnos como miembros de un pacto colectivo, de ese conjunto de anhelos y sueños, de emociones y razones que integran nuestra vida cotidiana y nuestro futuro. No ir a votar es renunciar a esa oportunidad de ratificar nuestra pertenencia a nuestra comunidad más cercana, nuestra calle, colonia, barrio, ciudad y al país en su conjunto. No ir a votar, evadirnos de la discusión sobre las opciones políticas y de partido que se presentan, alejarnos del debate sobre las propuestas y posiciones de los partidos y candidatos (por más absurdas o ajenas que nos parezcan) es dejar que otros decidan por nosotros, que aquellos que sí vayan a votar tomen en sus manos a una comunidad, a un país entero, que a todos nos pertenece y del cual todos somos responsables.

Confío en que, si aún no estás convencido de votar, tras recorrer las páginas de este libro y reflexionar sobre lo que Rosa Beltrán, Benito Taibo, Antonio Malpica y Jorge Luis Vargas nos tienen que decir, cambies la pregunta que da título a este esfuerzo colectivo y que, en lugar de decir “Uf, ¿y para qué votar?”, concluyas “¡Claro! ¿Y por qué no habría de hacerlo?”.



# MI HISTORIA CON LA DEMOCRACIA Y POR QUÉ SIEMPRE LA PIDO CON LA SALSA APARTE

ANTONIO MALPICA

En el principio fue la luz.

Luego, las grandes esferas del cosmos consiguieron una milagrosa organización. Algunas emitían luz y calor; otras se contentaron con girar en torno a las primeras; todas, huyendo hacia los bordes de eso que ahora podía llamarse “universo” y que al parecer les sentaba bien.

En una de tantas esferas, las cosas siguieron un cierto orden. De ser un espantoso ambiente hostil donde la lluvia de lava era cosa de todos los días, en unos cuantos miles de millones de años se consiguió un poco de estabilidad, enormes placas de tierra que (al fin) no se movían a la menor provocación y... agua. Mucha agua. Agua por todos lados.

Fue entonces que dicha agua y la combinación de varios elementos, aunque principalmente carbono, nitrógeno, hidrógeno y oxígeno, lograron un caldo que es famoso hasta nuestros días, no por su exquisito sabor, sino porque consiguió crear aquello que te permite a ti, querido lector, leer estas letras, y a mí, escribirlas, y a la paloma que se posa en la testa de

la estatua de Abraham Lincoln en Washington D. C. gorgorear de contenta:

(Ejem) La vida.

Luego la cosa adquirió un poco más de complejidad. De organismos unicelulares, pasamos a otros de forma gelatinosa, luego a otros con branquias, después abandonamos el agua, desarrollamos piernas y, en menos de lo que te cuento, ya estábamos descubriendo que la naturaleza nos dotaba de un dedo prensil y un volumen cerebral bastante superior al del promedio de todos los que nos rodeaban, incluyendo homínidos con





los que seguramente nos llevamos bastante bien hasta el día en que se nos ocurrió que ya estaba bien de codearse con cualquiera porque se suponía que éramos (fanfarrias aquí) “los reyes de la creación”.

Lo cierto es que una vez que nos descubrimos carentes de pelo y capaces de dominar el fuego y fabricar herramientas para cazar mastodontes, empezaron los problemas. Hubo necesidad de ponernos de acuerdo unos con otros porque resultó que la naturaleza no sólo nos había hecho guapos y simpáticos, sino también... sociales. Extremadamente sociales, de hecho. A diferencia de otros mamíferos como, por ejemplo, el oso o el puma, que son perfectamente capaces de andar solos por la vida (excepto, claro, cuando hay necesidad de aparearse, cosa que no requiere mayor explicación), nosotros nos vimos en la necesidad de andar en grupos, formar comunidades y... pues bueno, ya lo dije, ponernos de acuerdo entre nosotros para no acabar matándonos con una rama de árbol a la primera discusión por un incidente menor de tráfico.

Con todo...

... déjame rectificar, querido lector. En realidad, los problemas iniciaron mucho antes. Probablemente desde que flotábamos en aquel caldo nutritivo que dio origen a la vida. Porque la madre naturaleza (que es imposible decir si es sabia pero, como madre, hay que respetarla) decidió que, para sobrevivir, había que ser competitivo. Y se inventó esto de la supervivencia del más apto, que no es otra cosa que el “sálvese quien pueda” de los postulados biológicos. No había otra forma de legar el propio ADN a la siguiente generación salvo pasando por encima del que tuviera uno que pasar. Y eso nos

llevó, claro, desde que éramos sólo células, a fagocitarnos unos a otros y luego, cuando nos descubrimos seres pensantes, racionales y sensibles a los crepúsculos arrebolados, a bajar del auto a estrangular a un congénere por un incidente menor de tráfico.

El asunto es, sin darle más vueltas, que somos seres en pugna desde que la madre naturaleza (que es imposible decir si es juiciosa pero, como a cualquier madre, se le obedece sin chistar) decidió que esto sería una lucha sin límite de tiempo, nada de nocaouts técnicos, que gane el mejor y que empiecen los juegos del hambre.

Y sin posibilidad de apelación o trámite de amparos.

Con todo...

... también es cierto que, en cuanto nos descubrimos desnudos y capaces de dominar el fuego y de contar chistes groseros, también descubrimos que eso de comerse a las crías de tu oponente luego de matarlo enfrente de sus vecinos ya no era la mejor idea para algún día poder colgarnos el título de “civilización”.

Y hubo que aprender a ponernos de acuerdo.

Lo cual, si hemos de creer a los registros históricos, no ha sido nada fácil.

Esa maravilla de tener el cerebro con mayores conexiones neuronales del reino animal, andar erguidos, ser capaces de desarrollar lenguajes, construir herramientas, contar chistes groseros, diseñar cohetes y componer sinfonías al parecer no ha rendido los resultados que prometía. Cualquiera diría (bueno, al decir “cualquiera” estoy pensando en algún posible extraterrestre que a falta de mejores cosas que hacer nos hubiese

estudiado a lo largo de, digamos, los últimos 15 mil años tratando de entender por qué somos como somos y por qué actuamos como actuamos), cualquiera diría que, dado que ya no nos hacía sentido eso de matarnos entre nosotros por las hembras o de marcar con pis nuestra demarcación territorial, la cosa mejoraría y por mucho.

Pero no.

Porque en el fondo seguimos siendo tan beligerantes y competitivos como en aquellos felices años del caldo nutritivo.



Lo cual tampoco es la peor de las noticias, pues es cierto que hemos aprendido, poco a poco, a ponernos de acuerdo. Primero descubrimos que comunicarnos entre nosotros nos hacía más llevadera la caza del mamut. Y, luego, que ver por el bien común, también aligeraba las cosas: era más conveniente montar turnos frente a la cueva que no dormir en lo absoluto, por poner un ejemplo. Algo había de bueno en este tímido coqueteo con el progreso y eso a lo que algún día le colgaríamos el mote de “civilización”.

Que trajo, para bien o para mal, las agrupaciones comunitarias, la búsqueda de la identidad compartida y una que otra línea punteada en los mapamundis. Supongo que todo comenzó cuando, en la tribu X, el Homo Sapiens Sapiens A pensó que los inviernos serían más llevaderos si todos migraban al sur; el Homo Sapiens Sapiens B, por su parte, pensó que no debían abandonar su hogar; la discusión llevó a ambos a tratar de convencer al resto para que apoyaran sus respectivas propuestas. Algún anónimo (y heroico) Homo Sapiens Sapiens C debe de haber propuesto, después de varias horas de exaltación de los ánimos sin llegar a ningún lado: “¿Y qué tal si votamos?”, lo cual les debe de haber sonado a chino (es un decir, claro) a los demás y, después de explicarles que sólo debían levantar la mano para (puesto que aún no contaban con sistema numérico alguno) al menos poder hacerse una idea de qué grupo tenía más manos levantadas y tomar la mejor decisión (si no para todos, al menos sí para la mayoría), nuestro querido Homo Sapiens Sapiens C debe de haber procedido a organizar el sufragio.

Es muy posible que eso calmara los ánimos y todo fuera paz y concordia.

Pero también... es muy posible que eso hiciera que el Homo Sapiens Sapiens A y sus seguidores se marcharan refunfunando al sur a formar una nueva tribu (digamos la tribu Y). Nacerían así dos nuevos líderes de dos nuevas facciones (A y B), quienes se mirarían a la distancia con encono (y muy probablemente pensando, para sí, “nosotros somos más listos, mucho más guapos y con mejores modales en la mesa”). Nuestro heroico C, dicho sea de paso, tal vez negó con la cabeza y se marchó a convertirse en ermitaño.

El resto de la historia, supongo, es cuento conocido.

Cuando como especie tuvimos la brillante idea de agruparnos por intereses comunes o características afines nacieron las comunidades. Los países. Las naciones. Las barras bravas de los estadios.

El acabose.

O bien, el empezose de la historia de la humanidad.

Porque con las comunidades, las naciones, los clubs de fans... nacieron los líderes, los gobernantes, los presidentes de clubs de fans. Y otro tipo de presidentes, claro. Y alcaldes. Y reyes. Y jefes de área. Y Chief Executive Officers. Y band leaders. Y...

Es decir... La necesidad de que alguien marcara el rumbo de todo el grupo ahora que decidimos salir de nuestro lugar de origen para pasar inviernos menos fríos. O ahora que decidimos grabar nuestro primer disco. O ahora que decidimos ir a recibir al aeropuerto a Ricky Martin.

Lo malo es que no siempre esos líderes llegaban de la manera más justa a su trono imperial.

Exacto. La historia de la humanidad.



Es ocioso que cuente cómo algunos de estos nuevos líderes idearon el bonito y reluciente artilugio de la corona, el derecho divino y demás linduras que restaron a la historia universal concordia y en cambio la sazonaron con una muy buena dosis de cañonazos. Porque, dejando a un lado el siempre bonito hecho de que estos tipos listos siempre querían más dinero o más territorio o más poder y siempre estaban guerreando entre ellos (todos tipos listos con iguales y relucientes artilugios dorados sobre la cabezota), no faltó el día en que los gobernados se preguntaron si en verdad estaban obligados por algún dios incidental a seguir a orates de tal calaña.

Y entonces nació...

(Fanfarrias aquí)

Pero no.

Cuidado.

A la historia su justa dimensión.

La democracia, que es de lo que se trata toda esta disertación, no nació con el fin de las monarquías absolutistas y la instauración de la república, aunque a veces nos lo parezca. Es cierto que en la historia moderna nos parece que la justicia social empezó a figurar en el mapa cuando el campesino y el obrero se animaron a preguntarse por qué un tipo con manicura de cien francos y la cara polveada de blanco merecía más que ellos. Y es cierto que con tales preguntas (y algunos cuantos cañonazos) se empezaron a instaurar leyes con más sentido humanitario.

Pero...

... la democracia ya había nacido mucho tiempo atrás. Y se la debemos a nuestro querido, anónimo (y probablemente misantrópico) Homo Sapiens Sapiens C.

No hay que irse demasiado lejos. Con la constante necesidad de ponernos de acuerdo para no acabar liados a golpes a la primera provocación, la democracia<sup>1</sup> es casi un artilugio implantado naturalmente en nuestro ADN, una herramienta completamente necesaria en la concertación de voluntades, sobre todo cuando la decisión implica a más de dos personas. En nuestro ejercicio de los dos Homo Sapiens Sapiens, otro final (exacto, aquel de la paz y la concordia) nos habría llevado a que la tribu entera acatara lo que decidiera la mayoría. ¡Y a otra cosa, mariposa! (Tal vez a inventar la rueda o la agricultura.) Me atrevo a pensar que, ante la incapacidad de convencer absolutamente a todos los miembros de un grupo, una salida natural y probablemente ya codificada en nuestro *software* cerebral, sea...

(Ahora sí, fanfarrias)

... la democracia.

Existe evidencia de que tribus en África han echado mano de procesos democráticos desde siempre. También vale la pena recordar que los griegos atenienses ya la practicaban (aunque con sus asegunes, pues dentro de las decisiones de Atenas no participaban todos, apenas algunos notables, no las mujeres ni los esclavos). Y, por supuesto, llamar la atención sobre

---

<sup>1</sup> Espero que no seas un purista de la filosofía política, la sociología, la teoría del derecho o la arbitrariedad del signo lingüístico, querido lector, pero si lo eres, te anticipo lo siguiente, pera que no te vaya a dar un torzón (cualquiera cosa que esto sea): hablo de la democracia, sí; como sistema de gobierno, sí. Pero a muy variados niveles. El gobierno de un país, naturalmente. Pero también el gobierno de una casa. O de un patio de recreo. O de un elevador atorado entre el piso cuatro y el cinco, si tal cosa es posible. Hecha la aclaración...



la confederación iroquesa, un conglomerado de tribus norteamericanas que ya tomaba decisiones respecto a la sana convivencia de los grupos que la conformaban a través de la votación y la consulta. Creo que podemos coincidir en que ninguno de estos ejemplos tuvo modo de consultar algún manual tipo “Siete sencillos pasos hacia la democracia” o “Cómo ser un demócrata y otras exitosas formas de gobierno (incluye DVD)”. Tampoco es que nuestro anónimo (y heroico (e inventado)) Homo Sapiens Sapiens C haya escrito ningún libro que diera la vuelta al mundo, permitiéndole a él dar conferencias pagadas y talleres de cómo instaurar un brillante proceso democrático, “según dicta la moda en Europa (incluye casilla electoral muestra)”, en algún conglomerado de tribus indias.

Nada de eso.

La verdad es que la humanidad hubiera estrellado el coche hace ya mucho tiempo si no hubiese sido capaz de ponerse de acuerdo más veces de las que ha tenido que desenterrar el hacha de guerra. Y eso obedece, principalmente, a la lógica intrínseca del “vayamos todos juntos hacia un mismo lado” (con el posible añadido de: “cuando lleguemos, ya nos peharemos allá por los colores de la bandera o el sentido bucólico de los versos del himno nacional pero, mientras, por amor de Aristóteles, rememos todos en la misma dirección, que se ve que va a llover y fuerte”).

Es posible que yo no haya escuchado la palabra democracia sino hasta que ya estaba en alguno de los grados de la primaria alta. Tal vez quinto. Tal vez sexto. Y también es muy posible que la palabrita no me haya causado mayor impresión. (Aunque sí vale la pena contar que asombro sí me causó (y me

sigue causando) que, de las dos Alemanias de aquel entonces, se le llamara “Democrática” justamente a la menos democrática de las dos, pero eso es otra historia.)

Con todo, es este compendio de ideas en torno a la democracia un pequeño recuento de mi relación con la palabrita. Porque es verdad que, a lo largo de mis cincuenta y un años, he podido dar fe de lo mucho que funciona y las bondades que representa para cualquier sistema de toma de decisiones que implique a más de dos personas.<sup>2</sup>

Con sus asegunes, pero ya llegaremos a eso.

Por lo pronto, déjame contarte, querido lector, que...

En el principio fue la luz.

Luego, un estallido de oxígeno en los pulmones. Un llanto... y... *voilà!*... llegué al mundo.

De repente me descubrí el segundo hijo de una familia de clase media en el Distrito Federal. No te aburriré con detalles respecto a mi más tierna infancia. Pero sí me gustaría sazonar el relato con algunas curiosidades, como que en aquel entonces no había demasiada información a la mano (es decir, fuera de las bibliotecas) respecto a casi nada; sin la ayuda de San Google, todo lo que sabían los grandes era gracias a consejos de las abuelas, alguna que otra revista leída al azar y, con

---

<sup>2</sup> Aquí, mi querido lector, estoy englobando dentro de la palabrita también conceptos relativos que le dan vida, en el mismo ánimo con el que se usa como adjetivo para decir, por ejemplo:

— *Nuestro jefe es muy democrático, siempre consulta antes de comprar el sabor de la pizza los días de cierre.*

— *Pero igual no nos deja ir mientras no terminemos. Y para eso no pregunta. Así que yo me ahorraría la sonrisa.*

Pero no te entretengo más...

suerte, la consulta de alguna enciclopedia de esas de antes (sí, las de papel)... así que los grandes se equivocaban... umh... bastante. Por ejemplo, en aquel entonces no era mal visto que se fumara frente a los niños, de hecho a veces mi mamá me cambiaba los pañales sin sacarse el cigarro de la boca (eso puede explicar algunas cosas)... y tampoco estaban tan satanizados los refrescos, hay evidencia cinematográfica (en formato Súper 8) que me muestra tomando Coca Cola en biberón (esto también puede explicar otras cosas)... y cuando salíamos en coche, ni hablar de sentar a los niños en sillitas especiales, mi hermano y yo brincoteábamos en el asiento trasero sin que mi papá detuviera el auto... no nos dejaban nadar después de comer porque podía darnos un torzón (lo que quiera que esto significara)... nos querían curar todo con Vick y Mejoralitos, hasta las paperas (¿las qué?)... y, por supuesto, nos educaron a nalgadas.

En menos de que te lo cuento ya éramos cinco hermanos en un sistema dictatorial y autocrático, como era la familia mexicana de clase media en aquel entonces. Hubo infinidad de veces en las que mis padres tomaron decisiones que a mí no me parecieron justas. Por ejemplo, nos prohibieron a mi hermano Javier y a mí ver un programa de dibujos animados estupendo que se llamaba *Fantasmagórico*, de un esqueleto/superhéroe que luchaba contra monstruos espeluznantes; desde luego, recurrimos a la más partisana de las disidencias y lo vimos a escondidas; luego, el gobierno de Luis Echeverría (nunca lo he podido comprobar, pero eso se decía entre los chiquillos y a nosotros el presidente siempre nos gustó para villano) nos hizo el favor de darles la razón a nuestros padres y lo sacó del

aire porque le parecía (¿?) demasiado sangriento. Así como ésa, también recuerdo la vez que nos impidieron acampar en el parque o hacer una fogata en el jardín. Lo mismo aquella en que no hubo modo de conservar los más de cincuenta renacuajos que llevamos en un frasco grande de cristal después de una caza muy exitosa en los drenajes de la colonia. O de quedarnos con aquel perro que nos siguió desde el cerro. O jugar guerras con los cuetes que nos vendieron a la salida de la escuela. O...

Como sea.

Creo que ya captaste el punto porque seguro que muchos de esos impedimentos te sonaron familiares. Muy probablemente porque a ti y a tus hermanos se los aplicaron de la misma manera.

Cierto. Yo no siempre estuve de acuerdo con muchos de los mandatos de mis padres, pero creo que las razones prácticas saltan a la vista. No hay que negar que una democracia infantil, en la toma de decisiones de una familia, bien podría llevar al completo caos, a la total destrucción, a la extinción definitiva de la especie... y probablemente a los más memorables y divertidos días de tu vida. (Este último comentario lo puse en honor a aquel Toño Malpica niño que, en algunas vacaciones, se confabuló con sus hermanos para pedir a sus padres que permanecieran uno o dos días más en aquel hotel maravilloso de Cuernavaca (votamos, claro), con la consiguiente aceptación del resultado electoral por parte de ambos progenitores y la sana visita al Monte de Piedad a nuestro regreso.)

En realidad, la familia mexicana de clase media de aquellos años... y muy probablemente la de éstos... y acaso la de cualquier país... y de cualquier estrato social... tenga más que ver

con una monarquía absolutista que con cualquier otra cosa. Y probablemente... esté bien. Porque es cierto que en este caso los gobernantes no pueden someter todo a consulta pública sin verse comiendo pastel todos los días o mirando *Bob Esponja* en la tele o, peor aún, renunciando a la escuela y hasta a bañarse (siquiera) de vez en cuando. Todo eso se ve muy bien y es bastante encantador para Huckleberry Finn o los Niños Perdidos de la isla de Nunca Jamás, pero no empata gran cosa con la realidad de ninguna familia de ningún estrato o ninguna nacionalidad. Y no es que se deba a que vayamos todos en pos de algo que podamos tildar de “civilidad”, no, ¡qué va!, sino a algo tan sencillo como el que no termines con los dientes completamente llenos de caries antes de cumplir los doce o que seas incapaz de saber si te dieron bien el cambio en la tiendita a tus dieciocho primaveras.

Con todo, es cierto que, desde chico, por muy recién desempacado que me sintiera en el mundo, ya tenía yo cierta noción de la importancia y la utilidad del concepto de la democracia. Tal vez cuando sólo éramos mi hermano Javier y yo no era tan determinante (simplemente él me convencía con sus siempre persuasivos puños o bien nos mandábamos al diablo mutuamente o bien yo lo extorsionaba con alguna delación para que hiciera lo que yo quería) pero cuando éramos cinco hermanos y había que ponerse de acuerdo, por ejemplo, para elegir programa en la televisión, nos pasaba algo muy similar a lo de aquellos años en que el hombre descubrió el “rememos todos para el mismo lado, camaradas, si no queremos que se hunda esta cosa”, y era: o llegábamos a un consenso o lo más probable es que se nos fuera el tiempo de tele en una lucha campal que



no siempre resolvía las cosas. Así que, siendo cinco, era todavía más fácil echar mano de aquella democracia de juguete pues era imposible el empate. Y aunque nunca el voto fue secreto, cosa que se prestaba también a la confrontación, la burla, sacarnos la lengua, hacernos caras y demás rituales propios de los hermanos desde el tiempo de los trilobites hasta nuestros días, siempre fue útil ese artificio para tomar una decisión que aunque no dejaba contentos a todos, sí (ojo) a la mayoría. Era una sola televisión en blanco y negro sin control remoto, eran pocos los canales, pura tele abierta, nada de Netflix, Cablevisión y demás chuladas. O nos poníamos de acuerdo



dentro de los primeros tres minutos posteriores a las campanadas del reloj o perdíamos invaluable tiempo de programación; una batalla campal o un forcejeo nos podría estar robando trama del capítulo de *Don Gato* que, tiránico como es el tiempo, ya estaría corriendo sin esperar nuestra resolución.

Y sí, era un ejercicio democrático. Necesario. Contumaz. Y, probablemente, ¿ya lo dije?, codificado en nuestros cerebros desde que la evolución nos favoreció con el sitio más alto del pódium de las preesas.

Lo cual tampoco significa que la niñez sea esa edad de oro en la que los niños, mágicamente, aprenden que lo mejor es la

paz, la concordia y el vivieron felices para siempre. Nah. En algunas ocasiones se vota, se asume la voluntad de la mayoría y se avanza en la misma dirección; en otras, se decide ir a la guerra y a nadie le importa que el capítulo de *Don Gato* o *Los Picapiedra* esté corriendo. O la supervivencia del clan en una isla desierta: Basta con leer *El Señor de las Moscas* para darnos cuenta de cuán parecidos somos a veces los seres humanos (niños también) a dos alces machos chocando cornamentas a medio bosque, lluvia y toda la cosa.

En realidad, los niños Malpica estábamos siendo pragmáticos, eso es todo.

Y acaso eso sea lo mejor de la democracia. Que no implica necesariamente la bondad de los practicantes, sino sus ánimos de no perder la chaveta.

O el tiempo.

O el dinero.

O la vida.

Pragmatismo, pues.

Y...

Justicia.

Porque...

Para poder regular los enconos, o bien mediar entre la disparidad de opiniones, o bien impedir que aquel que estranguló a otro porque lo miró feo en una cantina se vaya a su casa como si nada, el ser humano se inventó las leyes. Y están muy bien. Desde que aquel rey de Babilonia, Hammurabi, vio que no podían sus súbditos andar por ahí sin algún texto que les permitiera saber qué se valía y qué no, hasta nuestros días, en que



tenemos una ya centenaria Constitución Política, las leyes permiten al ser humano saber qué es lo que, de acuerdo con cierta convención, está bien en casos de controversia o cuáles son los derechos y cuáles las obligaciones, todo de acuerdo con legisladores que, por exhaustivas sesiones (en el mejor de los casos), se pusieron de acuerdo para determinarlo. Y está muy bien.

A la democracia la tiene que proteger la ley, acaso también votada democráticamente.

“Votemos. Y el que pierda se aguanta. Y si no se aguanta, pamba china o se va.” Más o menos así decía la ley instaurada por los niños Malpica para que el sistema de gobierno fuera...  
... lo más justo posible.

Traigo esto a cuento porque creo que precisamente el ejercicio democrático que está alambrado en nuestras neuronas es un intento bastante primordial, bastante natural, bastante instintivo de conseguir...

... justicia.

Volvamos a nuestro impasible Abraham Lincoln, sentado en su enorme silla del Lincoln Memorial en Washington D. C. La paloma que gorgoreaba hace rato en su testa ha volado ya.

Con música emotiva de fondo, se escucha...

“Puesto que yo no sería un esclavo, tampoco sería un amo, esa es mi idea de la democracia.”

Palabras de nuestro querido Abe de hace ya algún tiempo, antes de ganarse una estatua de casi seis metros y un nombre en la historia universal y una película de Steven Spielberg.

Parece revolotear por ahí esa palabrita a la que ya le dediqué dos renglones para ella sola en los últimos párrafos, ¿no es así?

Y es que si lo piensa uno un poco...

Un poco nada más...

Digamos por lo pronto que las leyes que prevalecían en 1858, año en que Lincoln dijo tal frase, permitían la esclavitud en los Estados Unidos.

Digamos que, del pragmatismo infantil de mi casa (que más de una vez me valió la paz y la concordia y hasta disfrutar un programa de tele distinto al que yo quería ver), pasé a darme cuenta, en carne propia, de que la democracia... a veces



hacía agua. Tenía defectos de fábrica. A veces no era todo lo justa que se suponía que debía ser. Y entonces había que abrir bien los ojos y parar la oreja.

Fue en primero de secundaria que ocurrió.

Habría que contar, antes que nada, que yo entré a la secundaria completamente aterrorizado. Entre los cuentos de miedo que me contaba mi hermano Javier (un año mayor que yo) respecto a lo espantoso que era ese sistema casi carcelario y otros agravantes como el que yo era demasiado bajito y demasiado tímido, estaba convencido, el primer día de clases, de que moriría antes del primer examen parcial.

Y la verdad es que no, no morí. (“Ooobviooo”, me parece escuchar en voz de algunos de los alumnos de 120 kilos que me molestaron desde el primer día, cosa que no es muy buena para mis problemas gástricos y de conciliación del sueño actuales, pero no nos detengamos en pequeñeces.)

Mi estado de tensión constante me hizo ser muy aplicado. Muy bien portado. Uno de esos chicos raros que sacan puros dieces y no hacen barullo ni cuando el profesor se ausenta para ir a la Dirección. La verdad es que estaba muerto de miedo. No sólo por lo mucho que me molestaban los grandotes de tercero en el recreo, sino también por la posibilidad de que alguno de los maestros me reprendiera. No es que todos tuvieran un carácter horrible, pero si ya íbamos uniformados como si se tratase de un colegio militar, a veces uno se sentía, en verdad, en las barracas del ejército y a cargo de furibundos sargentos. El caso es que, por las razones que fueran, me volví un niño ejemplar.

Los maestros lo notaron y hubo uno que así, de buenas a primeras, me quiso nombrar jefe de grupo. Al más clásico estilo del dedazo me preguntó, llamándome a su escritorio al final de su clase, que si yo quería el cargo. Espantado ante la posibilidad de que me cayeran encima más responsabilidades que las que ya tenía haciendo tareas y estudiando para los exámenes, contesté al instante que no. El profe, azorado ante mi negativa, me volvió a preguntar. Me volví a negar. “¿No lo quieres ni pensar?” Volví a decir que no. “A lo mejor no estás entendiendo... es un privilegio que...” Ante esta última carga de metralla ya sólo negué con la cabeza y aproveché para escapar al baño. Hasta ahí todo bien. Lo malo fue que a la clase siguiente, el profe redobló la artillería. Me pasó al frente y dijo: “Se me ha ocurrido que Malpica sea jefe de grupo. ¿Quién vota por que así sea?”. Prácticamente todas las manos se levantaron.

No es que fuera yo el más popular, pero sí le caía bien a la mayoría. Y la verdad es que a todos les daba lo mismo. Podía ser yo o el cesto de basura.

Todo un ejercicio democrático. Unanimidad total. La gran mayoría estaba conforme. Compremos frutsis para celebrar.

Pero seguro, querido lector, que ya estarás negando con la cabeza.

Exacto. Algo no cuadraba ahí.

Y es posible que nuestra nueva palabrita ya esté brincando impaciente en tu interior. De acuerdo. No parecía ser muy justo eso que ocurría ahí.

Para tu tranquilidad, te diré que duré en el cargo apenas un par de días. Una de mis funciones era que, en caso de que

el profesor saliera del aula, yo debía poner orden. A la primera ausencia eso se convirtió en una mezcla de bacanal romana, partido de fútbol americano y transborde del metro. En vez de poner orden, los demás me pusieron a mí a cuidar la puerta. No avisé del regreso del profe (tal vez adrede, lo confieso), hubo muchos amonestados y yo fui, ante mi ineptitud, destituido del cargo.

Igual te habrás dado cuenta. Eso tenía tanto de ejercicio democrático (por muy buenas que fueran las intenciones del maestro de usar a Malpica como ejemplo) como lo puede tener una penca de plátanos. Estuve a punto de sucumbir, a mis once años, con todo y mi enclenque figura, ante la tiranía de una mayoría a la que mi voluntad no le importaba más que la del cesto de basura. Me di cuenta de que el ejercicio de la democracia también tiene sus matices. Y hay que reparar en ellos para no despeñarse en...

... pues sí:

La injusticia.

De repente hay que pedir la salsita aparte.

Como sea. Que suene la chicharra. Salgamos al recreo.

Voy a poner aquí unas cuantas minificciones democráticas que se me ocurrieron para pensar en esos matices. Seguro podrás detectar qué hay en todas ellas que causa bastante comezón. Y luego continuó con todo este enredo.

1)

*En el megáfono del penal se escucha la voz del cocinero, lo que consigue un repentino silencio entre los internos.*

*“A ver, bola de pandrosos... hoy es su día de suerte, el alcalde está de buenas y por eso ha decidido someter a votación la cena de hoy.”*

*Varios vivas, hurras y demás.*

*“Como primera opción tenemos suflé de algo gris que me encontré al fondo del refri. Como segunda opción tenemos batidillo de puré del potaje que sobró el sábado, ejem, de gloria. Como tercera opción, carne molida de la vaca que atropellaron ayer frente al Cereso, aderezada con larvas que muy amablemente aportó la misma vaca.”*

*Vuelve el silencio.*

*“Y otras opciones más o menos por el estilo que ya hallarán en su boleta. Pasen a emitir su sufragio a la cocina. Bon appétit.”*



*Después de un par de segundos del mismo silencio, espeso como torta de tamal, se escucha la voz de uno de los internos al fondo del patio, chance un preso político, chance uno que agarraron robándose unas mantecadas en un Sumesa.*

*“¡Compañeros! ¡Esto es una burla! ¡No seamos cómplices de este engaño! ¡Los invito a no votar y manifestar su descontento! ¡Ejercemos la única libertad con la que contamos al interior de esta miserable pocilga! ¡Que se enteren de que ya estamos verdaderamente hartos!”*

*En lo que sus compañeros digieren la propuesta, se escucha que se vuelve a encender el micrófono, seguido por un silbido de feedback que pronto —casi tan pronto como los ánimos de rebeldía*



*entre los reos— agoniza y sucumbe. La voz del alcalde surge como un alien desde el fondo del pantanoso silencio. Dura. Fría. Monocorde.*

*“Viva. Hurra. (Tos de fumador.) Y demás. (Más tos de fumador.) La cena se sirve a las siete.”*

*Alguien deja caer una pelota de básquet mal inflada. Otro más jala en vacío la palanca del escusado. Un último aprovecha para matar una mosca en la calva del de enfrente.*

*“Voten, no voten o bailen la Macarena a medio patio. La cena se sirve a las siete.”*

2)

*En la casa de los Smith hay diez hermanos y una sola televisión. Pero, como los Smith son muy democráticos, siempre someten a votación el programa que verán después de la merienda. “Es lo justo”, dice el señor Smith, sosteniendo su escocés y su pipa, sin apartar la vista del Times. Los nueve hermanos grandes, todos varones, siempre votan por el rugby; Karen, la menor, por el ballet. Así ha sido desde que ella tuvo edad para elegir y “ser tomada en cuenta”. (Las comillas son a petición de ella.) No es de extrañar que nunca haya sonado la música de Tchaikovsky en la casa de los Smith. Pero ni hablar. “Es lo justo”, insiste el señor Smith cada vez que le preguntan. Por su parte, Karen también tiene su propia opinión al respecto: “Esta familia apesta, me largaría con los Wilson si no temiera ser deportada”. En todo caso, su padre siempre la despacha a su cuarto con una palmadita cariñosa. “Estoy orgulloso de ella. Es toda una demócrata. Nunca ha dejado de votar.” Y vuelve al Times.*



3)

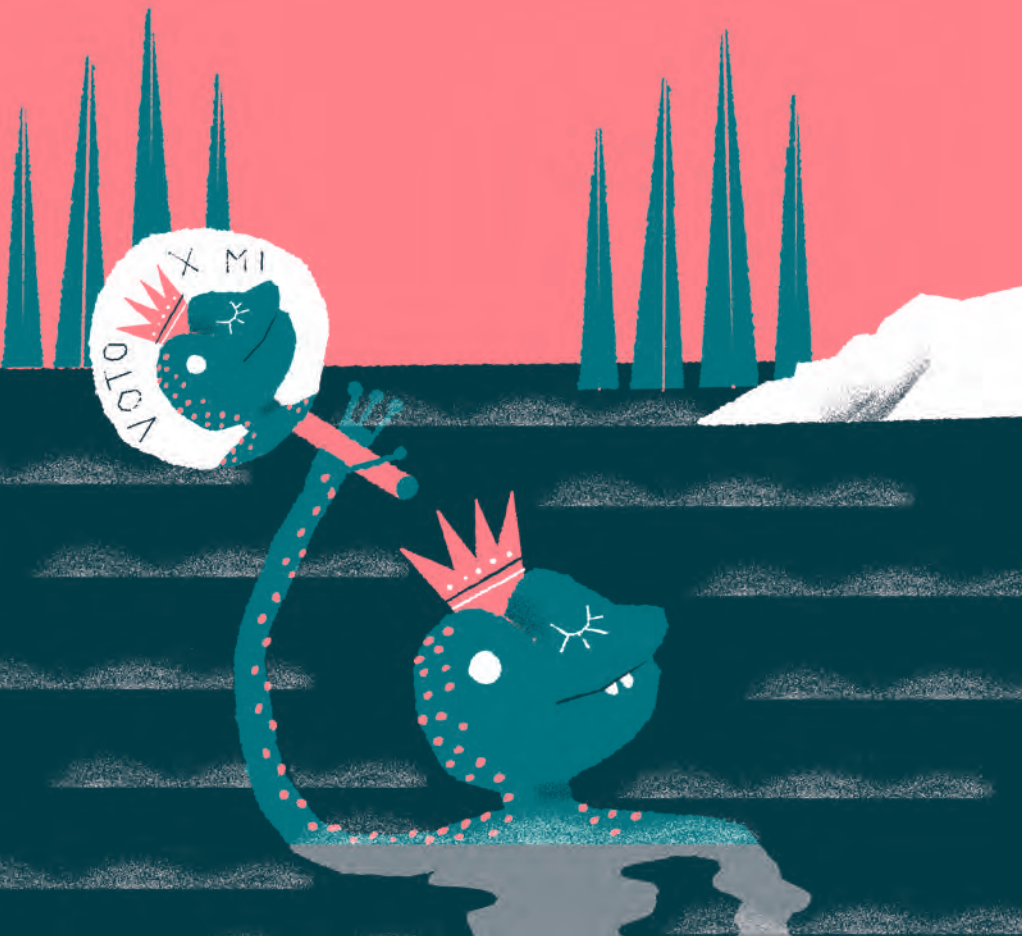
*En el charco de las ranas, Batracio Anastasio gobernaba desde tiempos inmemoriales (en realidad desde el marzo pasado, pero en tiempo-rana es un montón). El caso es que se ufanaba de ser un anfibio justo y democrático. Tanto así que no temía perder el gobierno y lo decía a cada entrevista que le pedían. Convocaba a elecciones bastante seguido. De hecho, cada sexenio, cuando finalizaba su mandato constitucional. (Es decir, cada semana y media, que en tiempo-rana suele ser un periodo bastante considerable, con campeonato de futbol incluido.) El caso es que siempre ganaba, se reelegía y aquí no ha pasado nada. Todo tenía que ver con una cosa: en la boleta electoral sólo aparecía una opción: la suya. De acuerdo con la ley vigente, sólo los poseedores de un castillo (en realidad un cuenco en el árbol más grande del pantano) podían postularse. Él era el único que cumplía con el requisito. Era la única opción a marcar con una equis el día de las elecciones. Así que siempre se reelegía y “aquí no ha pasado nada”. En todo caso, nadie se quejaba porque, bueno, era la ley. Y a la ley se le obedece. Principalmente si el que gobierna tiene el suficiente poder militar (en realidad ser amigo de una garza con muy mal genio) y no ve con buenos ojos ningún tipo de descontento, electoral o de cualquier otra índole. Además en el charco tenían el futbol, no hay que olvidarlo (en realidad pesca de garbanzos en el lodo). Así que en ese pantano nadie era completamente feliz pero tampoco infeliz. Y ahí “nunca pasó jamás nada”.*

4)

*Amandita y Pato iban en el mismo salón de Maternal. Y aunque aún no aprendían muchas cosas del mundo (por ejemplo, leer la*

*Constitución Política del país (en realidad ni siquiera podían leer las letras de los cubos con los que jugaban)), sí habían aprendido que la mejor vía para resolver una diferencia (por ejemplo, quién sería el líder de los otros niños del aula) era la democrática. No es que quisieran adeptos para dominar al mundo (aunque no era mala idea), sino sólo para decidir asuntos de vital importancia, como qué película de Toy Story verían el próximo viernes o quién le jalaría primero los hilos a la piñata en la fiesta del Día del Niño o si era motivo de cárcel que alguno se hiciera del dos en el pañal y se hiciera guaje para evitar que lo cambiaran. Todo estaba listo para el día de las elecciones. Los niños votarían por Amandita o Pato. No había más. Cada uno se había encargado de realizar su campaña informativa, habían entregado folletos con su plan de gobierno y hasta habían deslizado algunas opciones de conformación del gabinete. Al interior del afelpado salón todo estaba listo para que gastearan o caminaran (dependiendo de qué tanto hubiesen rebasado la mayoría de edad (8 meses, condición obligatoria)) a emitir el sufragio. El problema fue que el gato de miss Mónica maulló desde el patio. Los votantes consideraron que estaba más padre ir en pos del minino que hacer valer su opinión. Al final ganó Amandita dos a uno pero sólo porque ella y Pato despertaron a Julito, quien en ese momento hacía la siesta y se decidió por Amandita porque, bueno, en realidad era su prima y hasta compartían el chupón de vez en cuando.*

Es como cuando uno se da cuenta de que el anillo no es de oro, ni la piedra un diamante, ni el hombre gordo de aquella tienda departamental el verdadero Santa Claus. ¿Qué pasó con los superpoderes de la democracia? ¿Es decir que, si en el entramado electoral no hay una sola opción decente... o la aplastante



mayoría lo tiene todo resuelto de antemano... o no hay verdadera oposición... o el voto brilla por su ausencia... o... (pon aquí el que pensaste y te preocupa), entonces la democracia no es más que un tipo escuálido con mallas y antifaz entregando folletos en la calle y no el héroe que creímos que había llegado para salvarnos?

Pues... siento desilusionarte pero...

La democracia no lo resuelve todo.

No cuando los mecanismos para que funcione no están bien aceitados. Por eso las elecciones en los países dictatoriales

son de risa loca, un pretexto para que los hombres fuertes se den sus baños de democrática pureza. Y eso sólo por poner un clásico ejemplo.

Matices, que les llaman.

Por supuesto, a lo largo de mi vida hubo otras posibilidades de echar mano de la democracia porque fui integrante de varios grupos en donde no era tan bien visto que el líder o el director o el *coach* tomaran decisiones arbitrarias. En mi juventud formé parte de un coro, por ejemplo, y es célebre la vez que se decidió (por votación, desde luego) el color del uniforme; se eligió gris con rosa; sí, también para tenores y barítonos; al final hasta fue mejor y nos permitió derribar algunas barreras ideológicas; final feliz. Igual formé parte de un equipo de fútbol y, la verdad, yo era más feliz cuando sólo nos presentábamos a la cancha sin entrenar (aunque perdiéramos); pero igual se decidió (democráticamente, claro) que había que practicar entre semana para no hacer tanto el ridículo en el partido del sábado. Y ni modo. A apechugar. La verdad es que, al final, igualmente fui feliz porque, aunque no podía echar la flojera de lunes a viernes, dejamos de perder (tanto) en los partidos de los sábados y eso compensó un poco.

Con todo, creo que el principal matiz sobre el que quiero abundar es este: cuando el resultado de las elecciones no es totalmente...

(Fanfarrias (es la última vez que las traigo a cuento, lo juro, de hecho éstas han de oírse un poco desguanzadas para dar el efecto adecuado mientras lees la palabra:))

... honesto.

Y no, no estoy hablando de un posible fraude electoral que, aunque preocupa (y bastante), no ejemplifica aquello a lo que me refiero; estoy pensando en un cierto ejercicio engañoso de democracia que, aparentemente, se da cada día más y nosotros dejamos pasar como si fuese lo más natural del mundo.

Pero antes, un comercial.

Recordarás que mencioné, líneas atrás, aquello del sistema autocrático de los padres del mundo. Ese florido “¡Porque lo digo yo, que soy tu madre!”, que no sé en tu caso pero en el mío... Mi ahora cabecita blanca lo usó con ganas en mi niñez y, por cierto, lo sigue utilizando cuando ve que me le salgo del huacal. Y tiene que ver, principalmente, con la necesidad de educarnos. Voy a repetirlo para que no pase tan desapercibido: la necesidad de educarnos. Si en mi casa de cinco niños contra dos adultos hubiésemos recurrido a la democracia, habríamos terminado en la barbarie, eso ya lo mencioné: nuestra aplastante mayoría siempre habría elegido la hamburguesa antes que el brócoli. Muy democrático, sí...

Pero...

En el artículo 4º de la Constitución se hace notar que los niños tienen derechos, entre ellos la educación, y que “los ascendientes, tutores y custodios tienen la obligación de preservar y exigir el cumplimiento” de tales derechos, lo que significa que no hay padre que pueda salir con la trastada de que sacó a los niños de la escuela porque éstos le ganaron el referéndum en las urnas.

Es decir, la educación en los niños no es opcional. Es obligatoria. Y qué bueno.

Y si hacemos caso a las cifras del INEGI, en el 2015 la escolaridad promedio de los habitantes de 15 años o más es de 9.1. Es decir, un poco más de la secundaria concluida.

En promedio, el mexicano en edad de votar tendría que tener la secundaria terminada. Nueve años recorridos desde que ingresó a la primaria, en donde los maestros le ayudaron a darse cuenta de que nadie puede vivir sólo de comer pizza. O de ver caricaturas. Y que la luna no es de queso. Nueve años, cuando menos, en los que quien creía en los Reyes Magos comprendió los mecanismos del mundo y se forjó un criterio propio (y necesario) para tomar decisiones en la vida.

Fin del comercial para poder decir...

Cuán tremendamente necesaria es la educación cuando se trata de emitir un sufragio.

Okey, parece frase acuñada por Súper Demagogo Man, así que la voy a replantear:

Para votar, hay que saber escoger razonadamente, entre varias propuestas, la que nos parezca mejor para nosotros y nuestra comunidad. Esa es la poderosísima razón por la que no se invita a los niños a las urnas, porque todos terminarían votando por el partido con la tonadita más pegajosa o los colores más bonitos (al menos mis hijos sí), y entonces el mundo terminaría (como mi familia, si hubiese sido muy democrática) entregado a la barbarie.

Votar razonadamente.

Dos palabras. Dieciocho letras. No parece la gran cosa. Pero es verdad que, si tal principio se aplicara en todo el mundo, otro gallo nos cantara.



Vayamos por unos segundos al pasado, al 19 de enero de 2017. Miremos la expresión de nuestro querido Abe Lincoln. Okey, no ha mutado en nada, tienes razón; al fin es de piedra. Pero si pudiéramos escuchar sus pensamientos, seguro llegaría a nuestros oídos un sonoro: “Holy shit! What happened to this country?”. Recientemente hubo un concierto. Y un discurso. Expresado por un hombre rubio que se congratuló con sus seguidores por haberlo llevado hasta ahí. Y nuestro querido Abe sólo piensa que si no estuviera muerto...

Como sea.

Volvamos al presente. Y a nuestra tercera palabrita.

Honestidad.

Ojo... no estoy diciendo que una persona sin certificado de secundaria no debería votar... ni lo mande Platón. Pero sí me atrevo a decir que el resultado de una elección deja de ser honesto cuando no es el juicio (o la razón, pues) lo que mueve al votante a cruzar una casilla. Sino cualquier otra cosa.

Y sí. Dije que la educación es tremendamente necesaria para emitir razonadamente un voto. Pero en realidad bastaría con tener una verdadera comprensión de las propuestas y capacidad de decidir sin sentimentalismos para votar con corrección.

Y entender, aunque sea mínimamente, qué está bien y qué está mal.

No hace falta certificado de secundaria para darse cuenta cuando uno está siendo deshonesto a la hora de votar. (No nos hagamos.)

Por supuesto que los niños Malpica también se vieron enfrascados en alguna compra de votos y sabían que era reprochable. Las preliminares podían estar dos a dos y entonces se



lanzaba la carga contra el quinto indeciso. “Ándale, escoge *La Pantera Rosa* y te ayudo mañana con la tarea.” “Ándale, escoge el show de *La Calaca Tilica y Flaca* y te doy medio submarino de fresa.” Y por supuesto que el resultado dejaba un muy mal sabor de boca (aunque el submarino estuviera muy bueno). Y al menos dos de los electores seguían en la primaria.

Es decir que en el mismo sitio de nuestro cerebro en el que está alojado ese pragmatismo democrático también está ese sentido del deber que es tan fácil trastornar. Y no es absolutamente necesario ir a la escuela para comprenderlo. Se asume que a los dieciocho años ya no te queda duda, te entregan una credencial para votar y se espera de ti la mínima decencia como para decir: “Es verdad que se me antoja mucho el pastelito de fresa pero en realidad quiero ver *La Pantera Rosa* (es una cuestión de principios (y además soy fan de la música de Henry Mancini))”.

Cuento brevemente la curiosa experiencia de hace unos años, cuando mi hermano Javier y yo escribimos una obra que se llama *Vote por el león* y que además se representó varias veces, dirigida por él. Fue en las instalaciones del entonces IFE donde ocurrió lo que voy a relatar, en el transcurso de la representación que se hizo para los participantes del 5° Parlamento Infantil.

Era el 2007 y veníamos de unas elecciones especialmente rijas el año anterior. Si no lo recuerdas es porque estabas muy joven, querido lector, pero hubo un candidato (sí, ya sabes quién) que no quedó muy contento con los resultados (y la verdad es que muchos de los votantes tampoco). El país estaba dividido por unas elecciones tan apretadas como nunca había-



mos visto y la petición a grito pelado en las calles era, todos los días, que se hiciera un recuento “voto por voto y casilla por casilla” para ver si los resultados eran o no los avalados por el Instituto. El entonces consejero presidente, Luis Carlos Ugalde, muy probablemente tenía pesadillas todas las noches por la cantaleta que se dejaba oír en todos lados.

El caso es que en el clímax de la obra, el León (por supuesto) quiere reelegirse y, para ello, intenta el fraude electoral. Justo en ese momento, los niños del parlamento interrumpieron (y acabaron con) la función al grito coreado de “Voto por voto, casilla por casilla”. No hubo modo

de callarlos. Ugalde estaba entre el público. Y mucho me temo que esa noche tampoco durmió bien.

Rescato de esta experiencia una sola cosa: los niños de hoy (listos por naturaleza) disciernen perfectamente cuando hay trampa. Disciernen perfectamente qué está bien y qué está mal. Y seguro a los dieciocho no tendrán ninguna duda.

Con todo... el problema, en realidad, es que no todo en el juego de la democracia actual tiene que ver con engaños tan evidentes como el de intercambiar votos por tarjetas de algún súper, conteos amañados o caídas misteriosas del “sistema”.

No.

Y aquí es donde se hace más necesaria la educación, el criterio, el raciocinio. Porque no es tan fácil darse cuenta, como dije varias líneas atrás. De hecho, voy a repetirlo, para citarme a mí mismo y retomar desde ese punto:

*Rewind...*

“Y no, no estoy hablando de un posible fraude electoral que, aunque preocupa (y bastante), no ejemplifica aquello a lo que me refiero; estoy pensando en un cierto ejercicio engañoso de democracia que, aparentemente, se da cada día más y nosotros dejamos pasar como si fuese lo más natural del mundo.”

*Fast forward...*

Y es esto:

Votar con el corazón y no con la cabeza.

(Conste que no usé las fanfarrias.)

(“Mñeee. Ni que fuera para tanto”, me parece oír a mis queridos *bullies* de 120 kilos al fondo de la sala. Y seguro tendrán razón.)

En todo caso, sin mayores efectos especiales, diré que, de acuerdo con mi percepción de los procesos democráticos de los últimos tiempos, es justo lo que más me parece que hay que remediar porque está provocando que se crea cada vez menos en la democracia, dados los resultados que se han obtenido después de las elecciones. Y la realidad es que nada más hay que pedir la salsita aparte.

En síntesis, esto:

La gente está acudiendo a las urnas haciendo a un lado esos nueve años de educación (o los que sean), haciendo a un lado el discernimiento que les da su edad adulta, haciendo a un lado la posibilidad de informarse si se tiene duda, haciendo a un lado esa capacidad de raciocinio que le da su materia gris... para terminar votando con la tripa.

Es a eso, principalmente, a lo que le apuestan muchas campañas electorales. A producir una reacción instintiva, visceral, emotiva, pasional... no razonada. Ya sea produciendo miedo o simpatía, ya sea con amenazas sin base o con promesas infundadas, lo que importa es ganar el voto. El trasfondo moral deja de ser importante.

Y lo peor es que funciona.

El ejercicio democrático se mantiene. La gente acude a las urnas. Vota. Se hace un recuento completamente legal y, de la manera más legal y democrática (pero acaso no más justa (y mucho menos honesta)) se declara vencedor a un tipo o un equipo o un partido que lo único que hizo fue saberse vender en campaña. Un sujeto o un equipo o un partido que consiguió

que la gente votara con la pasión que confieren el miedo o el odio o la ilusión o...

Tal vez no lo sepas pero, cuando uno es jurado de algún sistema de becas, puede (y debe) abstenerse de votar si lo une un vínculo de amistad con alguno de los postulantes. ¿Y por qué tendría que hacerse esto si no es porque se presume que tal vínculo puede afectar la decisión objetiva del jurado? ¿Qué no somos lo suficientemente maduros e íntegros y pensantes para que esto no afecte nuestra decisión? Pues se supondría que sí, pero más vale prevenir que ser el nuevo Lord Becas de las redes sociales.

Lo paradójico es que precisamente ese fuego emocional que se desea evitar en una votación justa es al que le arrojan más combustible casi todas las campañas electorales (que, de acuerdo con los resultados recientes, son precisamente las más exitosas). Se apuesta por que la objetividad del votante se vaya de paseo mientras él entra a emitir su voto, aún secreto, pero ya no tan libre.

Y es que, si lo pensamos bien...

En el principio fue la luz.

Luego, el orden. La vida. Organismos unicelulares, artrópodos aplanados, simios en árboles y finalmente individuos con ganas de contar el chisme.

En el principio fue un sujeto llamado juglar que hasta le ponía musiquita al asunto. Luego, el periódico y ciertas chuladas novedosas como los horóscopos y el buzón sentimental. Después, la radio y los anuncios cantarinos de limpiapisos; más tarde, la televisión y más anuncios de limpiapisos; para

llevarnos, por supuesto... al internet, las redes sociales, los servicios de *streaming* y la posibilidad de recibir el limpiapisos por mensajería con tan sólo un clic en el *mouse*.

Lo que nos lleva a nuestro último viaje en el tiempo. 20 de enero de 2017. Nuestro buen amigo Abe sigue en el mismo sitio en el que lo dejamos el 19, cuando el presidente electo festejaba en el Lincoln Memorial. Sigue con el mismo rostro impasible, aunque, como ahora el sujeto que ayer era presidente electo ya es presidente en funciones, nuestro querido abogado de la barba cerrada seguro está pensando: “En verdad ocurrió. No eran *fake news*. Que me trague la tierra con todo y palomas”. O algo parecido.

Donald Trump, el presidente más nefasto de la historia de los Estados Unidos, dio su discurso inaugural ese viernes 20 de enero, día en que ocuparía el mismo cargo que (nada menos que) Abraham Lincoln, porque fue elegido con todas las de la ley. Aunque es cierto que la democracia gringa tiene sus asegunes (la salsita aparte, si me hace usted favor), pues el güero llegó a la silla a pesar de que más gente votó por Hillary Clinton que por él (sí, esos muchachos congresistas del norte tienen mucho qué platicar después de esto), lo cierto es que llegó respaldado por la ley y con una gran sonrisa en esa bocota suya.

Un tipo que dedicó toda su vida a venderse a sí mismo simplemente hizo con el pueblo estadounidense lo que mejor sabía hacer. Y le resultó. Nunca le importó mentir, nunca le importó amenazar, alimentar el miedo, el odio, el triunfalismo, el fervor patriótico por encima de todo... y le resultó. Vio que prometer sin fundamento no traía consecuencias siempre y cuando se movieran las pasiones electoreras... y le resultó.

Tan es así que un tipo que tiene tantas demandas legales en su contra que hasta el menos suspicaz sospecharía, un tipo racista, misógino y embustero, un tipo al que no le pedirías que le sostuviera la escalera ni a tu peor enemigo, está ahora ocupando uno de los puestos de más poder en el planeta.

Y es que, para ello, la radio, la tele, los diarios, el internet... van que ni pintados. En treinta segundos o en 280 caracteres es muy poco lo que puedes hacer, así que... ¿por qué no lanzar proyectiles atómicos al corazón del que te lee, te ve, te escucha? Miedo, vergüenza, rabia, cualquier cosa excepto la razón.



Y lo peor es que resulta.

Y es democrático.

Y es legal.

Aunque es cierto que nuestro güero furibundo llegó a la Presidencia con menos votantes que su contendiente, también es cierto que la discrepancia no fue significativa. No permitió tampoco al sistema estadounidense ningún tipo de maniobra. Cierto es que ningún estado de la Unión Americana debió apoyar a un demente de tal peligrosidad, pero... por mucho que nos parezca cuestionable el sistema del Colegio Electoral gringo, también es cierto y más que cierto que Trump supo manejarse lo suficientemente bien como para enviar a las urnas a la gente con el corazón en la mano. Y el sentido común en el bolsillo.

Y le resultó.

Y el mundo entero tiembla.

Igual ya te habrás dado cuenta, querido lector. Utilicé el ejemplo de nuestros amigos del norte porque es tan evidente, a nivel mundial, que pone la piel de gallina. Pero en todos lados se cuecen habas. Y se limpian frijoles. Y se apuesta por el sentimentalismo, la víscera, la tonadita, los niñitos jugando en el parque, la abuelita amasando las tortillas, el bebé durmiendo plácidamente, el pan horneándose, el águila volando... y eso nomás en un anuncio entre miles, ya sea radio, tele, periódico o *banner* en tu aplicación gratuita; y eso nomás en un anuncio que puede pretender ser inspirador, pero hay otros donde se apuesta por el miedo, la ira, el desencanto.

El odio.

Y resulta.

Y el mundo tiembla.



No, no creo que tenga la culpa la democracia con todo y sus matices.

Creo simplemente que los que quieren nuestro voto ya comprendieron hace mucho que la máxima maquiavélica, aquella de que “el fin justifica los medios”, les permite hacer lo que sea siempre y cuando lo consigan. Y aunque es preocupante que extiendan billetes a cambio de votos, a mí me preocupa más todo aquello que hacen por la vía legal... pero mandando a sus principios morales a ver si ya puso la marrana. Prometer imposibles, meter miedo, enternecer... lo que sea, con tal de que la mano que cruce la casilla pierda la serenidad... y ellos ganen las elecciones.

Con todo...

... esto se arregla si, los que estamos de este lado, nos damos cuenta y ejercemos nuestra obligación (más que nuestro derecho) de votar objetivamente, informadamente, razonadamente cuando nos toque.

Eso haría que nuestro querido Homo Sapiens Sapiens C saliera del misantropismo y volviera a creer en la humanidad. (Perdonarás, querido lector, que formule hipótesis entusiastas sobre personajes ficticios con los que ya me encariñé (es un defecto autoral irremediable, como el de los paréntesis anidados)).

Mientras escribo esto, debido al reciente tiroteo en una escuela de Florida donde perdieron la vida 17 personas, veo un *tweet* de Stephen King que dice (la traducción es mía, me disculpo por las imprecisiones posibles): “Bruce Poliquin, representante por el 2º Distrito de Maine, es uno de los queriditos de la

NRA (Asociación Nacional del Rifle). De acuerdo con el *NY Times*, los pistoleros le han dado más de 200 mil dólares durante su carrera política. Envíen ustedes a él sus pensamientos y oraciones en noviembre, pero no su voto”.

No por nada es uno de mis escritores (y seres humanos) favoritos.

Los estadounidenses olvidaron demasiado pronto la clase de patán que era ese hombre lleno de ínfulas que ya habían visto en telenovela en un *reality show* por doce temporadas y en algunos titulares por escándalos financieros sólo porque se vendió perfectamente bien durante los meses de campaña.

Pero en todos lados se cuecen habas.

Y así como en la tribu X algún día se cansaron de que Homo Sapiens Sapiens B se autonombra Gran Jefe Vitalicio... Y así como alguna vez el Estado llano se cansó de la tiranía de los empelucados... y así como alguna vez se conquistó el voto para todos los seres humanos... nos debe mover la memoria histórica y recordar que la instauración de la democracia es un logro que no conviene desperdiciar votando a la ligera. Porque se encumbran los que menos deberían. Y no es cosa menor. A veces hasta mueren las personas, como bien deja entrever Stephen King en el *tweet* citado.

La democracia sirve. A mí me sigue funcionando. En los fallos de jurado de los concursos, en mi banda de terrock infantil, cuando salgo de vacaciones con la familia... pero hay que cuidarla. Hay que aceitar sus engranes.

Y hay que mostrarle el debido respeto por todos aquellos que la forjaron para que fuese lo que ahora nos permite elegir a nuestros gobernantes de manera pacífica y consensuada,



con la inclusión de todos (he dicho todos) los ciudadanos en edad para acudir a las urnas. Votar sin reflexionar el voto es una falta de respeto para todos aquellos que padecieron, históricamente, gobiernos injustos que no podían cambiar más que por las armas. Y tenemos todo en nuestras manos para ejercer ese respeto.

Ya no te mareo más, querido lector. Gracias por acompañarme en este viaje de letras y desvaríos. Ojalá que, al menos, te haya resultado interesante.

Por último, te dejo con nuestro querido Abe, quien se ha resignado a que una nueva paloma se pare en su testa. Incluso esto y lo que la paloma deposite mientras se encuentre ahí le parecen un asunto menor después de las vergüenzas que ha tenido que tolerar en los últimos meses. Mientras esto ocurre, quiero evocar su famoso discurso de Gettysburg. En el tercer párrafo afirma: “El mundo apenas advertirá, y no recordará por mucho tiempo lo que aquí digamos...”, frase contundente y conmovedora porque, siglo y medio después, se siguen recordando esas palabras dedicadas a los que murieron en ese lugar y a la nación que aún pugnaba por conformarse como tal. Cosa curiosa porque el discurso completo cabe en diez *tweets* aproximadamente (de los de 140 caracteres), y creo que estaremos todos de acuerdo en que el presidente actual de aquel país perora más o menos lo mismo en una sola mañana. Y ninguna de sus palabras se merece un lugar en la Historia.

Con todo, es a las últimas palabras del famoso discurso a las que quiero referirme. Y con eso, ahora sí, me despido:

“... que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo jamás perezca sobre la Tierra.”

Que aplique para todas las naciones.

Que en el honesto ejercicio de tal forma de gobierno encontremos todos la justicia que nos conduzca a la paz y la concordia, ahora sí, definitivas.

Y que la maravilla de tener el cerebro con mayores conexiones neuronales del reino animal rinda, al fin, los resultados que siempre debió.

VADIL  
SIL  
RINDE

EL SILENCIO  
NO SIGNIFICA



## LO QUE REALMENTE IMPORTA

ROSA BELTRÁN

Para mí, todo empezó con el 68. Imagínate: yo tenía 8 años, iba a un “colegio inglés para señoritas” y mientras el gobierno masacraba estudiantes en la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco, en mi escuela aprendíamos la historia de Enrique VIII y sus seis esposas y cantábamos himnos a la reina de Inglaterra. ¿Se te ocurre un absurdo mayor? Pues no era muy distinto del que vivía el resto de las escuelas particulares del país y no pocas de las públicas, cada una con su tema. Ahí y en todas las instituciones que se concentraban en un programa escolar y se desentendían de lo que ocurría afuera de sus muros. Daba igual que se estudiaran los hábitos del hombre primitivo o el ciclo del agua. Lo que está en el fondo es la idea del secreto. Cuando muchos años después vienes a enterarte de que vives a años luz de lo que está ocurriendo, se produce en ti una sensación de irrealidad. Y puede sonar extraño, pero esa sensación te invade todos los días, cuando menos una vez al día, y no se quita. Una idea vampírica, ¿no? La de que tu vida está allá, por allá, y otra vida te chupa la sangre y trata de convencerte de que le perteneces.

De lo que ocurrió la noche del 2 de octubre empezamos a saber o más bien, a no saber, días después, a través de los medios y los periódicos que, según dijeron los papás, daban sólo la versión gobiernista. Que unos jóvenes influidos por ideas extranjeras se quisieron rebelar y se dispararon unos a otros. Cuando oímos a mis primos mayores y a sus amigos contar otra historia sobre el mismo hecho algo se metió en nuestras vidas, como ruido de fondo. Algo que ya no dejó que en las bardas viéramos sólo frases de esas que a los ocho años no se entienden: “Fue el ejército” o “Muera Cueto”. Junto con los comentarios de los papás y algunos de los tíos, hechos en voz baja: “Pobres muchachos”, esto empezó a querer decir algo. Dije “algunos de los tíos”, que conste, porque no todos opinaban igual, lo mismo que sus amigos. Algunos decían: “Es que si esto no se frena de golpe, se vuelve una revolución”. Pero salvo por esos comentarios oídos al descuido en las reuniones de los grandes, la vida seguía más o menos igual para nosotras.

Éramos siete primas entre todas. Los primos mayores eran tres. Había otros chicos, pero a éstos no los cuento porque no vienen al caso en esta historia. Vivíamos en la misma cuadra. Mi abuelo que era un visionario compró a precio de centavo unos terrenos pantanosos y fundó además de su casa una escuela. El colegio Espíritu de México, que si alguien quiere saber dónde está, basta con que vaya al lado de Médica Sur, a un terreno bardado dentro del cual todavía está su estatua aunque están a punto de demolerla. Dicen que pronto será “La ciudad de la salud” a la que accederán los ricos porque este complejo médico compró los terrenos con todo y escuela. Lo raro es que hasta hace poco estaban en manos de un patronato encargado



de no venderlos y de cuidar que el colegio asistiera a niños sin recursos o huérfanos. Mi abuelo fue un benefactor pero no tuvo buen cálculo futurista. Hizo muchas cosas mal, por ejemplo, morirse. Y dejar los terrenos en manos de un patronato que se apropió de ellos.

Pero entonces, en el año en que te digo que el mundo nos cambió, vivíamos todos muy cerca y nos pasábamos las tardes y las vacaciones juntos. De modo que la vida de los primos, como si se tratara de la propia proyección en distintas edades, era la de todos y la de cada uno de nosotros. Y como la ilusión se funda en lo aspiracional las menores suspirábamos por volver de la escuela y estar con las primas grandes, y oír las. Mis primas mayores habían sido elegidas como edecanes de la Olimpiada del 68 y las cuatro menores mirábamos arrobadas sus vestidos cortísimos blancos, con rayas verticales ondulantes formando la frase “mexico 68”, como si ilustraran lo que años después nos dijeron en la escuela que eran las ondas del sonido y que aquello se llamaba “efecto Doppler”. Padrísimo. Parecía que al usar los minivestidos mis primas se movían aunque no se estuvieran moviendo. Los peinados eran también fabulosos: pelo largo y liso, que se alaciaban con el “turbante”: un par de tubos gigantescos arriba de la cabeza y alrededor de ésta, muy apretado y húmedo, el resto del pelo. Así que cuando tras una noche de sueños intranquilos como la de Gregor Samsa mis primas de 16, 17 y 18 años se levantaban a despojarse de aquel tormento y las cabelleras caían como tres cascadas perfectas, las menores las observábamos pensando en qué suerte habían tenido y cómo a nosotras ya no nos tocaría maquillarnos los ojos con sombras blancas y centro os-

curísimo, con el diseño del huevo, ni usaríamos esos zapatos tan modernos que les habían dado con el uniforme, un estilo no visto en México. Por no hablar de la misión que cada una tenía y que ellas nos referían con deleite: acompañar a los atletas y sentarlos en sus lugares en la Alberca Olímpica. No a todos los atletas, nada de los pesistas ni los de lucha grecorromana, por ejemplo. A ellas les habían asignado los clavadistas y los nadadores, los hombres con mejores cuerpos y mejor carácter y los más guapos de la creación según nos decían y les creíamos. Nos imaginábamos a las primas grandes yéndose a recorrer el mundo tomadas de la mano de jóvenes espectaculares y tiernos, hablando lenguas extrañas en las que las palabras significarían cosas más grandes y mejores. Era emocionantísimo tener 7, 8, 9 y 10 años y ser tan precoces. Era muy bonito vivir cerca de los primos en casas distintas en la misma cuadra, aunque todo lo que hoy se llama *bullying* y acoso y violencia doméstica y de género también existiera y tampoco nos diéramos cuenta. Los mismos primos que competían a escupir nada más para escupirnos al menor descuido y el amigo de ellos que le lanzó un chayote con espinas a una de mis amigas diciéndole “Piensa rápido” y que ella cachó a tiempo y se espinó, ese mismo que decía a las mujeres de más de dieciséis años “Tienes la p en la frente” fue el que, junto con los demás, se salvó por los pelos de ser encarcelado en el 68. Es raro, ¿no? Es raro cómo alguien puede ser un villano y un héroe a la vez. Es tremendo cuando te das cuenta de que algunos de esos primos acudieron a la Marcha del Silencio y caminaron en la misma fila del rector Barros Sierra con una cinta adhesiva en la boca. Y saber que estuvieron en la Plaza de las Tres Cul-



turas y huyeron a tiempo y un taxista los subió y los llevó hasta Tlalpan sin preguntarles nada ni cobrarles nada a los cuatro. Es rarísimo darte cuenta de que los mismos que te hacían ver tu suerte estuvieron allí diciendo: “Un dos tres por mí y por todos mis compañeros”.

Y es algo que te hace sentir culpable, de no sabes qué, aunque no hayas tenido la culpa. O sí sabes de qué: de no haberte dado cuenta de que al lado de ti estaba pasando la Historia. Que cuando vives no sólo estás viviendo tu vida, sino que estás viviendo un momento histórico. ¿Por qué nuestros papás no supieron a tiempo o si supieron no tomaron partido, lo mismo que nuestros maestros y en particular las maestras, porque en mi escuela más bien imperaba el mundo de las mujeres, como si durante las mañanas partieran el verdadero mundo a la mitad, por qué ninguno de ellos se pronunció? ¿Por qué el resto del mundo, desde los dueños de la panificadora y la recaudería y la cerrajería y la carnicería y el kiosco de billetes de lotería y la peluquería que según mi mamá en realidad ocultaba detrás un negocio turbio, por qué en la gasolinería y en el estacionamiento que dirigía el mudo Jacobo y en el banco Internacional nadie hablaba de lo único que hoy registran los libros de historia del 68 que es en realidad lo que estaba ocurriendo? Es algo que hoy me pregunto, y que me inquieta, porque no sólo sucedió en el 68 sino que está sucediendo aquí y ahora.

Tengo algunas hipótesis.

En muchos casos se trató de una suerte de ceguera colectiva, no querer mirar la gravedad de un asunto gravísimo como matar estudiantes por haber ido a protestar contra el autoritarismo de un gobierno. En otros casos tuvo que ver con un abier-

to rechazo. Rechazo al desorden, a una rutina de los días a la que estamos acostumbrados pero a la que también tenemos derecho, porque es necesaria para sobrevivir y más aún: para sobrevivir sintiendo que somos nosotros mismos. Es decir, sintiendo que lo que estamos viviendo es nuestra vida. Pero también, porque no podemos percatarnos de que eso que se vuelve caótico, desarticulado, distinto, es precisamente la Historia.

Nos damos cuenta muchos años después.

Qué terrible, ¿no? Qué terrible vivir al margen, en el cuarto de al lado, el que no es parte presentable de la casa, como si uno no estuviera invitado a la fiesta. Qué terrible hablar de otras cosas, vivir otras cosas, preocupado de lo de uno tan sólo, sin importar que a nuestro alrededor haya un mundo. Igual que aquella señora de la que hemos hablado tú y yo, que aparece en ese libro de W. G. Sebald, *Sobre la historia natural de la destrucción*, que está en la ciudad (Hamburgo) devastada y en medio de los escombros se pone a limpiar una ventana de su casa prácticamente en ruinas. Porque es la única forma que tiene de sobrevivir al desastre. Aferrarse al orden de lo cotidiano, ocuparse tan sólo de lo menudo, del ritual, cuando es lo único que puede hacer que mantengamos la cordura.

Tú has dicho, y yo también, que en cierto sentido, a veces, es válido hacer lo que hacía esta mujer; aferrarse a una normalidad instaurada por uno mismo a fin de sobrevivir en un entorno que se desmorona o que se ha desmoronado ya. Empezaste a decirlo sobre todo a partir del secuestro. Ya hablaremos de él, aunque exista un pacto no hablado entre nosotras de no referirnos a aquella situación que aunada a la falta de oportunidades hace que tantos jóvenes como tú quieran irse del

país. Y que mientras, los otros, vivamos el día a día obviando ese otro acuerdo que existe entre los que decidimos quedarnos aquí: ante la extrema violencia debemos obligarnos a pensar que eso no es lo único que existe. Que las noticias que hablan de asesinatos con tortura son reales, que la desaparición cotidiana de mujeres es real, que las cabezas que vimos colgando de puentes son reales, que vivimos una guerra a la que no se le llama guerra y eso es real, pero que hay otra razón para habernos quedado. Porque no se puede vivir “limpiando la propia ventana” sin que la vida pierda sentido. Hay momentos que nos piden participar en la Historia y es cuando podemos cambiarla.

Aunque es cierto también que, a veces, cambiamos la historia sin saberlo.

El 68 no fue sólo un año que dejara estudiantes muertos o perseguidos. Ese año hizo que por primera vez se pensara en la juventud como sujeto social; que se hablara de “derechos humanos” aunque no se usaran esas palabras sino hasta tiempo después y que se juzgara el valor de la vida individual como algo importante, fuera de la uniformidad de un país con una sola religión, un solo partido político y un solo género en los puestos profesionales y de poder. Fuera de un país con una sola forma de vivir el género. Ese año y los que siguieron fueron años que cambiaron por completo la idea del cuerpo y la valoración de la sexualidad. “Hacer el amor, y no la guerra” era la consigna. Ejercer la sexualidad como un ejercicio lúdico. Todavía recuerdo a mis primos con el pelo largo, en capas, y los pantalones acampanados, los zapatos de plataforma y las banderas en la frente, llevando un medallón con el símbolo que significaba *peace and love* en clara alusión a la guerra de Vietnam



pero en realidad a todas las guerras, y las primas con vestidos largos de flores, sandalias y calcomanías fosforescentes en los cuadernos con la leyenda *make love, not war*. Los Doors componiendo canciones con las letras más filosóficas de la historia del rock o Janis Joplin haciendo de su voz desgarrada el instrumento ideal para demostrar que una mujer es más que una mujer: es una criatura de otro mundo con un mensaje que hay que oír: una bruja cósmica. Unos años después las menores asistiríamos a sesudas discusiones entre hombres y mujeres, en la troje, y un sábado en que les prestaron el coche a dos de las primas grandes nos llevaron a desayunar a Denny's con la única finalidad de explicarnos por qué las mujeres no debía-

mos dejar que otros decidieran sobre nuestros cuerpos. Ni los papás, desde luego, ni los salvajes que había en este país, como Fulano y Zutano, quienes habían sido objeto de la pasión de ellas la noche anterior con tan malos resultados que después de haberlas besado y abrazado a placer las desconocieron y ahora diseminaban su fama de “mujeres fáciles”. Zorras. Entendíamos algo, no mucho, pero sí, de algún modo, que no había solución. Los hombres de este país no estaban preparados para las mujeres liberadas. Quién iba a decir que una de esas mujeres liberadas sería mi madre, la menor de sus hermanas y casi contemporánea, si no en edad, al menos en ideas, de aquellas primas. Se vestía como ellas, competía con ellas y pensaba como ellas aunque (aún) no lo decía.

En 1969, sentados mis hermanos y yo frente al televisor en blanco y negro, atentos al instante en que Neil Armstrong bajara por la escalerilla y pisara por fin la Luna, aburridos ante aquella imagen fija, inmóvil, oyendo la voz gangosa y machacona en *off* de aquel periodista norteamericano que hablaba de la trascendencia del momento y escuchando a mi padre decir que en ese instante cualquiera podría acostarse en medio de Avenida Reforma a leer el periódico y nadie lo atropellaría pues todos estarían atentos a la llegada a la Luna, no pude aquilatar el valor de aquel “pequeño paso para el hombre”, aquel “salto para la humanidad”. Puedo decirte que lo vi, que presencié ese momento histórico. Y no obstante, el primer paso del hombre en la Luna no me conmocionó lo que me conmocionaría pocos años después ver a mi madre sentada en una motocicleta Harley-Davidson, abrazada a un hombre, diciéndonos adiós a mis hermanos y a mí, pues se iba a Gua-



temala con su amante. Un gran salto para un hombre y un pequeño paso para la humanidad. Así de relativa es la Historia.

Y así de arrolladora: la firma del acta de matrimonio de mis padres años atrás es una imagen en blanco y negro. Y una década después irrumpió en nuestras vidas el technicolor.

En los años 70 se acabó el mundo color de rosa, si es que alguna vez existió, y aunque las marchas y la represión al movimiento magisterial y a los levantamientos de Lucio Cabañas y Genaro Vázquez y las aprehensiones a la guerrilla eran parte de lo que se vivía en este país, hay momentos en que la historia de la vida privada desplaza todo intento de insertarse en la vida pública porque marcan nuestra biografía. Los años 70, sobre todo la última mitad, constituyen una de las épocas más luminosas de mi vida, porque fueron los años de mi adolescencia y mi juventud. Pero también: porque estoy convencida de que todo cambió de manera radical, y no necesariamente para mejor, en los 80.

Los 70, herederos del espíritu revolucionario de los años 60, echaron a andar los cambios sociales más significativos para los jóvenes, cambios que aún hoy nos sorprenden. No al autoritarismo, no a la represión social y sexual, no al machismo, no a la uniformidad, al conformismo y no al arte que se presenta como una rumia de cualquier forma de visión conformista. Bienvenidas las vanguardias, el teatro universitario, los *happenings*, el humor. En los 70 ser independiente era uno de los grandes valores y ser independiente, joven y mujer, tenía de ases para la que ni yo misma estaba preparada. Ser precoz, ser precoz, cómete el mundo y cómelo ahora: de eso se trataba entonces. Independízate de las ideas de otros, de la

dependencia económica de otros. Vete a vivir sola. El sueño de todo joven que se respetara era buscar una habitación propia, fuera mujer o no. Seguir viviendo con los padres siendo un “labregón” —más allá de los 20 años— no era más que la prueba de un fracaso. Me fui a vivir sola a los 17, qué ilusión. Era un cuartito de azotea con cocineta y baño, algo que seguramente ahora remodelarán si no lo han hecho ya y convertido en un *loft* y que entonces no era más que la extensión de un cuarto de servicio en un edificio de la Colonia del Valle. Una maravilla con vista al mar: la calle de Aniceto Ortega y mi



más remoto interior. No hay como vivir solo siendo joven para darte cuenta, realmente, de quién eres. De qué eres capaz o, más exactamente, de qué eres incapaz. Qué cosas no podrías hacer sin ayuda de los otros que no son tus padres; de qué tamaño puede ser el miedo o la amistad. Y, sobre todo, cómo ganarte la vida con un empleo. Yo sé que hoy se usa vivir con los padres hasta bien entrados los 20 y aún los 30 —varios años más de los que vivió Alejandro Magno, nomás por poner un doloso ejemplo—, y que eso se ve muy justo y muy bueno. Pero pertenezco al mundo en que volar temprano era un orgullo y un reto y de paso una responsabilidad. Pertenezco al mundo donde no servía de nada echarles la culpa a otros de lo que no te salía bien o no te daban y había que luchar por ello, contra viento y marea. Nada de que quiero casa, vestido y sustento, el vestido de marca, el sustento con teléfono inteligente incluido y un coche por favorcito porque moverse en esta ciudad monstruosa toma una vida. Pues te tomabas la vida para moverte en transporte público y llegar a la escuela y al trabajo, y hasta lo disfrutabas. Te movías por el país de aventón o con amigos, en coches prestados. Vivías tórridas pasiones.

Sucedieron muchas cosas en esa década y más aún en la posterior, pero una nos hace ser a ti y a mí lo que somos. Nadie podría haberme dicho que entrar a la UNAM en los 80 iba a darme tanto: la conciencia de estar por fin en una institución de enseñanza que es un país, que es El país, con los mismos jóvenes, en cierto sentido, que marcharon en el 68: la misma energía, la misma inconformidad ante las abismales diferencias sociales, los mismos ímpetus de cambiar un sistema que por más que mostrara dos (o más) tenía en realidad un solo

partido del que surgían los mandatarios con el único momento estelar en que se despejaba la duda de quién sería el próximo: cuando se destapaba al tapado. Tal vez por eso mi madre y mis primas estaban menos interesadas en votar que en cambiar su vida. La libertad tenía que ver con una mística que desde entonces reivindica la autonomía corporal y de pensamiento; con una oposición continua a la dictadura moralista y si quieres hasta con una tendencia natural al escándalo; tenía que ver con la teatralización de los afectos para mostrar cuán absurdas son esas conductas que implican que las mujeres deban ser los ángeles del hogar, las mártires de sus padres, maridos y parientes varones; aquellos seres dispuestos al sacrificio permanente y las grandes ignorantes de la casa. Vengo de un país machista donde lidio (qué otro remedio que hacerlo y además utilizar ese término taurino) contra esas prácticas todos los días y trato de no reproducirlas. Lo mismo haces tú.

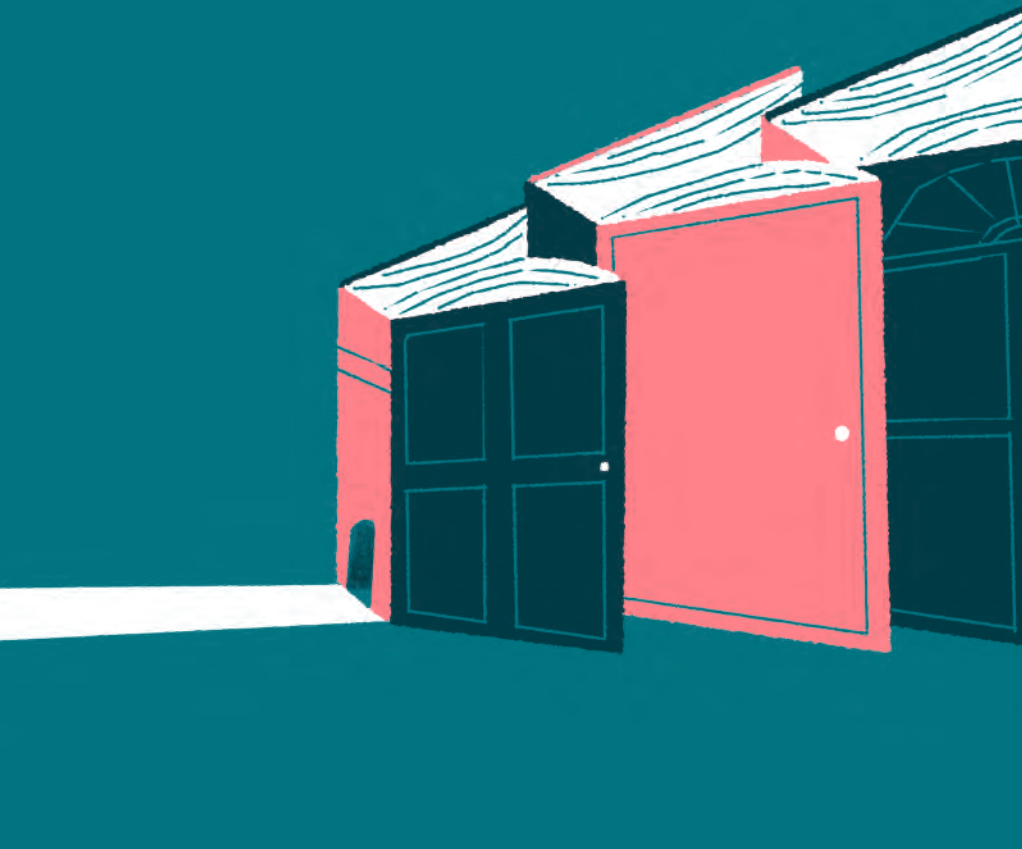
Cuánto hemos hablado de la clara percepción de la diferencia.

En mi caso, esta diferencia nació con el cine mexicano del año del caldo, o sea de los 40. Recuerdo la tarde y la casa de Tlalpan, el televisor en blanco y negro y la película. Se llamaba *Besos brujos*. En cierto momento, la actriz, Libertad Lamarque, se lanza contra el canalla que la besa a la fuerza, buscando echarlo de su vida, aunque antes le aclara “¿Quiere mis besos? ¿Quiere mis besos? ¡Pues tome mis besos!” y acto seguido se hace cargo de la devolución de su honra, es decir, lo besa. Observé la escena con pasmo y fascinación. Por la literatura sabía de amantes despechadas que tras la ruptura pedían la devolución de cartas, anillos, listones y otros objetos. En cambio, no había sabido de nadie que pidiera la devolución de su honra. El

robo de un beso empezó a ser algo más que el *kitsch* con que nos expresamos los mexicanos. En ese momento se volvió el punto de partida de una educación sentimental y también la certeza de que yo, igual que la actriz, pediría la devolución de mis besos algún día.

Habitar este cuerpo marcó desde el inicio una forma de gestualizar y de moverme, un modo de hablar y desear lo que como niña me estaba permitido. En mi niñez aquel entonces ser mujer era sobre todo un modo de no hablar, según yo veía en mi madre y mis tías. Un modo de no intervenir en las conversaciones de los hombres más que cuando suspendían la charla y llegaba el momento de la tos o de ir por otro bocadillo o por una copa. En la esfera privada, nadie las podía callar. En público, en cambio, mi madre y mis tías ensayaban distintos modos de atender a la conversación de los señores. No es que no tuvieran algo interesante que decir. Era una actuación, algo semejante al “devuélveme los besos” de aquella película.

A fuerza de escuchar lo que decían unos y otras descubrí muy pronto el placer de la lectura. Fue el hábito de oír observando esa representación el que me llevó a la literatura. Leer es oír otras voces, es estar siempre en compañía. Es habitar un cuerpo que sea capaz de migrar de su condición inicial, siendo hombre y mujer, es resistir a la tentación de resolver esa discrepancia o cualquier otra. Es poder disentir; es poder decir no. Es ser Ana Karenina y arrojarse y no arrojarse a las vías del tren. Es ser el Quijote y el marqués de Sade y soñar sueños imposibles o prohibidos. Es ser un alma sin género, un alma degenerada para desde allí explorar los límites del conocimiento, como quiso Sor Juana. Leer es un acto travestista. Es un



acto radical, también. Es ser Gregorio Samsa y luego de una noche de sueños intranquilos, vuelta cucaracha, no pensar más que en ir al trabajo. Y es también ser Bartleby y decir: “Preferiría no hacerlo”.

Pero leer no te exime de vivir desde una sexualidad y un género, y menos aún desde la conciencia de que es como mujer como serás vista y como serás vivida. Por ser mujer tu cuerpo ocupará un papel central en tu vida. No obstante, toma



años aprender que decir “mujer” es casi no decir nada; que es apenas un atisbo. No es lo mismo ser mujer en la sierra de Oaxaca que ser mujer en Oslo. No es lo mismo ser la niña de los ojos de papá que ser la niña mazahua que tiene que ganar la calle. Y, no obstante, hay un elemento que compartimos todas. Una genealogía que hizo que nuestras madres se atrevieran a algo que en cambio tuvieron que aceptar nuestras abuelas y que a su vez las abuelas se negaran a algo que tuvieron que

acatar con docilidad las bisabuelas. Ese algo fue, es, la interpretación de un cuerpo.

Espacio de placer, pasión, deseo, sitio de la concupiscencia y debilidad la mujer ha sido, es, la percepción del uso del cuerpo para otros. El tribunal que juzgó a Yakiri Rubio Rubio, la joven encarcelada el 9 de diciembre de 2013 por el asesinato de su agresor sexual, resolvió que “se había cometido un homicidio en legítima defensa con exceso de violencia” así que el proceso penal en su contra no la eximió. El juez 68 de lo Penal se declaró incompetente del caso y los magistrados coinciden en que “Yakiri se defendió, pero su defensa fue excesiva”. ¿Cómo puede alguien defenderse en una violación de forma mesurada? ¿Qué quiere decir en este caso “violencia excesiva”? Pero, más importante aún: ¿con qué derecho se juzga ahora a esta mujer sólo como un victimario cuando la defensa de Yakiri ocurrió por ser ella la víctima? ¿Cuándo es conveniente pensar a una mujer como un sujeto sin género y no como fue vista por su agresor, es decir, como una categoría?

Situaciones como la venta de niñas indígenas tzotziles, tzeltales, zoques, triquis y de otras comunidades, como las que denunció Nadia Maciel Paulino, indígena nahua, quien explicó que en el comercio “una niña entre más pequeña vale más, conforme va creciendo vale menos y si tiene estudios vale aún menos”, nos obligan a pensar en el momento en que una mujer es expropiada de su cuerpo y en ese otro en que el *establishment* médico, social o jurídico decide volver a conformarse con la idea histórica de la mujer para conveniencia propia y sus fines.

Noticias como las aterradoras primeras planas donde se dice que en un solo año (2017) en México habían sido asesina-





das 1,439 mujeres, cinco al día, nos obligan a preguntarnos qué está pasando. Qué pasó. Históricamente qué pasó, en todo el mundo, para que se destapara esta feroz violencia contra las mujeres por el hecho de serlo. ¿Cómo pudimos ir de aquellos ideales de igualdad de derechos entre hombres y mujeres de los años 60 y 70 a este momento en que una autoridad (la PGJDF) puede implicar mediante su twitter oficial que a Lesvy Berlín Rivera Osorio —estudiante de 22 años, quien fue hallada en las “islas” de CU, junto al Instituto de Ingeniería, ahorcada con el cable de un teléfono público— la mataron porque *se lo buscó* al afirmar que “tenía problemas con el alcohol”, y puede retuitear que “ya no estudiaba en la UNAM (CCH) desde 2014” y que “debía materias”? ¿Qué nos hace como país elegir esta información entre toda la que existe sobre la víctima? ¿Qué hace a la PGJ decir que “el día de los hechos, la pareja se reunió con varios amigos en CU, donde estuvieron alcoholizándose y drogándose”? ¿Por qué juzga que es información que le compete dar el añadir que esta joven asesinada vivía con el novio y que debía materias? ¿De veras piensan las autoridades que al escribir esto la sociedad civil va a concluir que estos asesinatos sólo les ocurren a las alcohólicas que viven con el novio y que no terminan de estudiar o deben materias? ¿Y qué pasa con las 1,439, más las que se han añadido en los meses siguientes, y las de años pasados? ¿Y todas las que no se declaran? ¿Y qué hacemos con una Procuraduría que no resuelve los casos de asesinatos ni tiene interés en evitarlos y en cambio inculpa a las víctimas?

¿Qué hacer frente a esto, ahora que vamos a elegir un nuevo presidente? La vida de las mujeres no es tema prioritario de las agendas políticas.

Enciende tu computadora, entra al buscador. Pon la llamada “mujeres asesinadas” en México. La computadora te va a arrojar subtemas inacabables y siniestros:

En Neza  
En hotel  
En Ecatepec  
En CU  
En Tijuana  
En Puebla  
En Nicolás Romero  
En Chimalhuacán  
En Ciudad Juárez  
Que no se ven  
Imparables crímenes  
En carnicería... etcétera, etcétera.

Si lo extiendes más allá de México, te llevaría semanas completar la lectura de la búsqueda.

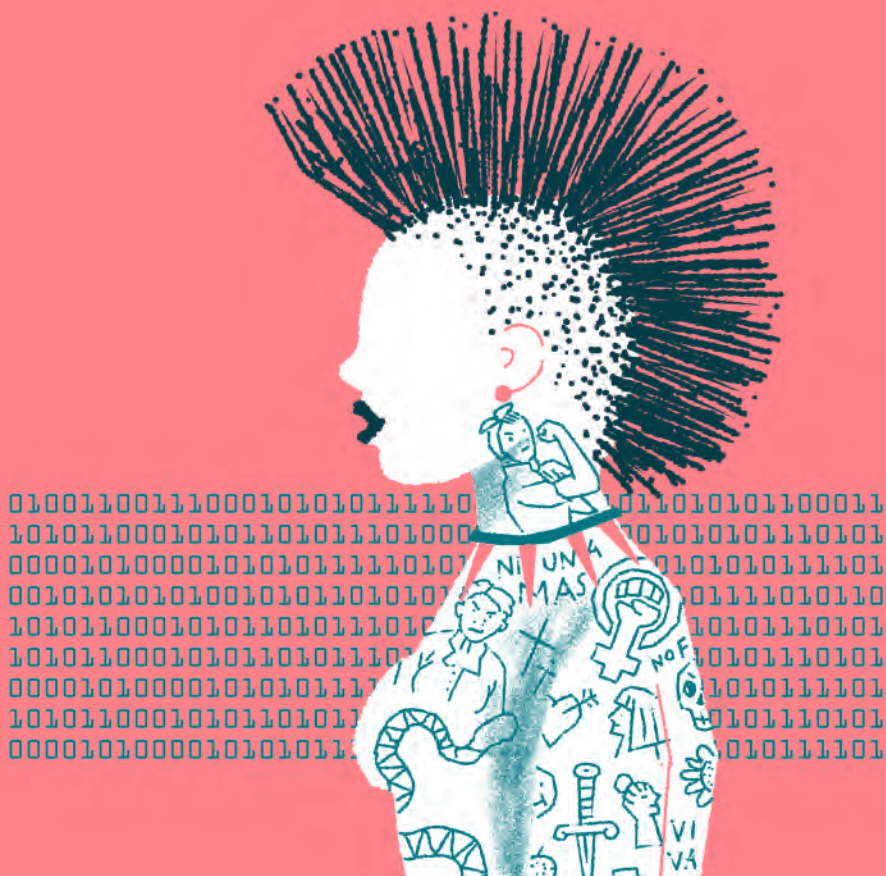
María de la Luz Estrada, coordinadora ejecutiva del Observatorio Ciudadano Nacional del Femicidio (OCNF), entre muchas otras mujeres, funcionarias o no, está preocupada: ha marcado esto como alerta de género.

Eso nos une en una misma realidad a las mujeres. Y no obstante, son muchísimas las cosas que nos diferencian.

El cuerpo —el tuyo, el mío, el de todas— no es un cuerpo que se pueda definir de una sola vez y para siempre, es un cuerpo que se hace y se deshace mediante actos específicos.

Leer y escribir ha sido pensar críticamente en mi cuerpo y en el cuerpo de otros. Pensar que por encima de los cuerpos hay normas sociales que conllevan deseos que no se originan en nosotros, pues quieren pensarnos a veces sólo y exclusivamente como mujeres y evitar pensarnos, en cambio, como diría Judith Butler, como cuerpos que importan. “Géneros alterables, transitorios y susceptibles de ser subvertidos.” Historias individuales. Existencias que no están decididas por el género, sino cada día mientras estamos vivas en proceso de construcción y reconstrucción, y en contextos específicos.

Es obvio que hay un largo camino entre las representaciones literarias de hace un siglo y las actuales; entre las Emma



Bovary y las Anna Karenina del siglo XIX y las protagonistas de los siglos XX y XXI. Hoy día son muchas las obras donde las mujeres se reapropian de antiguas narrativas para reinterpretarlas. Pero a veces son también los hombres quienes lo hacen y vuelven a sentar las bases del nuevo modelo de mujer con el que las propias mujeres se identifican. Pensemos en la heroína de la famosa trilogía *Millennium*, del escritor sueco Stieg Larsson. El modelo de mujer que propone en sus tres entregas (la cuarta es una entrega póstuma) fascina tanto a los lectores como, y sobre todo, a las lectoras. La protagonista de *Los hombres que no amaban a las mujeres*, Lisbeth Salander, es un nuevo prototipo de mujer. “Turbadora, incontrolable, socialmente inadaptada, con todas las partes del cuerpo tatuadas o bien perforadas por *piercings*.” Todo esto hace de ella una suerte de proscrita, de réproba social. Pero pese a haber sido víctima del abuso de los hombres tiene “extraordinarias cualidades como investigadora, entre ellas una excelente memoria fotográfica y un extraordinario dominio informático” que le permitirán encontrar lo inencontrable, es decir, le permitirán ejercer la justicia por su propia mano y hacerlo como si dijera: “Un dos tres por mí y por todas mis compañeras”.

Pero abundan los modelos de un tipo y de otro. Y ambos son leídos con la misma fascinación. El libro superventas de la editorial Penguin Random House, mi editorial, es un libro que ofrece una visión anacrónica de la mujer y, para algunas lectoras como yo, inconcebible y casi indignante. Cuando pregunté cómo habían elegido publicar *Cincuenta sombras de Grey* y si sabían del éxito comercial que tendría este bodrio, me comentaron que hay una suerte de examen que se hace a los libros y,

en el caso de éste, el escándalo (que así se llama el examen) era positivo desde el principio. Con todo, en México rebasó las expectativas. Ya que se ha dado, parece fácil prever el éxito de las *Cincuenta sombras*. ¿Por qué? pregunté. Alguien respondió: “Porque está dirigido a mujeres y responde a una fórmula infalible: Batman se coge a Cenicienta”.

Las ideas, los libros, afectan percepciones y emociones; determinan formas de vida y conducta. Y por esto, más allá de la diferencia entre masculino y femenino, habría que preguntarnos a partir de lo humano. Preguntarnos cómo sobrevive un cuerpo y qué vidas son dignas de ser consignadas y protegidas. Qué podríamos hacer hombres y mujeres para que estas percepciones cambiaran; qué podríamos hacer para proteger a las mujeres de ser asesinadas por el hecho de ser mujeres.

Claro, la pregunta en un país como el nuestro se extiende a lo que deberíamos hacer para que los hombres tampoco sean asesinados, cada día. Nunca el país había sido tan violento, ni se había pasado tan sistemáticamente por encima de los derechos humanos; nunca en tan poco tiempo ocurrieron tantos asesinatos a periodistas, nunca antes hubo tal contubernio entre autoridades y criminales. Pero abrí el paréntesis de las mujeres asesinadas porque las causas de la violencia son bien distintas en hombres y mujeres cuando hablamos de “alerta de género”... El tema apremiante, con todo, es qué hacer para no vivir más en un estado permanente de guerra aunque no la llamemos guerra. Y eso vuelve a traernos al motivo por el que te fuiste. El motivo por el que se van tantos jóvenes. Uno de los motivos.

Los años 80 nos cambiaron más que ninguna otra década. La era de los “logos”, la música pop, las chicas materiales, las

computadoras personales, la máxima amenaza de una guerra mundial y la aparición del sida. La verdadera conmoción como país vino al quinto año de la década, con el terremoto del 85. Ninguna ficción podría haber anticipado que también un 19 de septiembre, en 2017, treinta y dos años después, se repetiría el drama del sacudimiento brutal, la caída de edificios, la gente enterrada en los escombros, los (pocos y heroicos) rescates, las brigadas extranjeras de ayuda acotada, los militares impidiendo a las familias buscar a sus seres entre montañas de concreto y polvo y la transmisión constante de noticias e imágenes, algunas alarmantemente mentirosas. La niña Frida a la que una cámara fija y varios periodistas televisivos prometían que veríamos con vida en cualquier momento y a la que no vimos porque fue una total y absoluta invención de los medios. Lo mismo ocurrió en 1985 con el niño Monchito. Frida y Monchito ocupan un lugar en nuestro corazón de mexicanos crédulos.

La mayor impresión, entonces y ahora, fue la multitud de jóvenes y no tan jóvenes que se lanzaron a ayudar como fuera, en lo que fuera. El único momento en que creímos que vivir y ayudar a otros a vivir, por encima de cualquier otro interés, valía la pena. Me tocó verlo, dos veces. La cantidad de muertos en el 85 fue mucho mayor y aquel terremoto cambió la configuración de la ciudad y algunas formas de vida, como la vida nocturna, por ejemplo. Pero el número no hace la diferencia y esta vez con tu ayuda y la preocupación por lo que aquí ocurrió y por tu necesidad, como esos otros jóvenes, de ver qué podías hacer por quien fuera me hicieron sentir que este es tu país aunque no sepa definir en qué sentido un país puede ser de uno y aunque vivas tan lejos.

Pero vamos al asunto puro y duro.

No voy a decirte que era muy entusiasmante votar antes del 88. Y sí, tienes razón, aunque yo aún no tenía edad para votar hubo unas elecciones (1976) en que sólo hubo un candidato a la Presidencia. Pero en 1988 la participación ciudadana fue extraordinaria y había una oposición pasmosa. Manuel Clouthier al norte del país y en el resto del territorio el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, a quien además de su honorabilidad (qué rara palabra para un político en este país, me dirás) precedía la buena fama incuestionable de su padre. Muchos dicen que ganó la elección. No lo pudimos probar pues “se cayó el sistema”. Fue un momento que anticipó lo que sucedería en el año 2000. “La alternancia”, la llamaron. Sé que al paso de los años a ti y a tantos jóvenes el cambio no los convenció y que fueron y son críticos con los sexenios posteriores, igual que lo son ahora. Pero es importante saber que la sola posibilidad de que en un país pueda alternarse el poder y no haya “dedazo”; que el solo hecho de que exista una conciencia conjunta y lo que se llama sociedad civil es un logro. Piensa en los totalitarismos de derecha e izquierda que imperan en el mundo. Nada es peor que vivir bajo una dictadura, no importa que en muchos países no se llame así, y nada es más dañino para una sociedad que vivir bajo el capricho exclusivo de un sujeto rodeado de un equipo de incondicionales que no cuestiona sus errores. Lo vimos en las dictaduras en que se convirtieron las utopías del siglo XX y lo estamos viendo ahora.

Tras las elecciones de 1988 nos fuimos a vivir a Estados Unidos.

—¿Por qué tuve una mamá que se ganó una beca?





—¿Por qué tuve un papá que se vino a escribir a Los Ángeles?

Con 6 años de edad apenas, nos ponías en jaque todos los días. Buscabas argumentos para hacernos volver. Llegabas por las mañanas, los fines de semana, con una nueva prueba:

—Se me va a olvidar el himno nacional.

Tu papá y yo nos poníamos a cantar contigo un himno que ni siquiera te sabías.

—Ya no me voy a poder mecer de 6 años en el columpio con mis primos.

—Pero te vas a mecer a los 10 —te decíamos.

—No entienden.

Abrazada a tus peluches, inmigrantes mexicanos igual que tú, llorabas amargas lágrimas sobre ellos: tus papás no entendían nada. No entendían que L. A. no era “la tierra que te vio nacer”; no entendían que tus compañeros de salón fueran tan distintos a ti: los hermanos afroamericanos John Player the First, John Player the Second y John Player the Third (todos, pese a sus edades distintas, en el mismo grupo); el inmigrante de origen regiomontano que no te quería explicar qué dijo la maestra en inglés y en cambio respondía con fastidio: “Cópialo de la pizarra grande”. Muchos de tus compañeros de origen chino, coreano, hindú, latinoamericano aprendieron inglés y lo llegaron a hablar tan bien como tú. Con una diferencia fundamental: ellos se quedaron. Son los *dreamers* de hoy a quienes Donald Trump amenaza con enviar de vuelta “a tierra de nadie” pues ya no tienen posibilidad de sobrevivir en sus países de origen.

La configuración de un país cambia cuando aparece un elemento que había estado oculto. El secreto mejor guardado

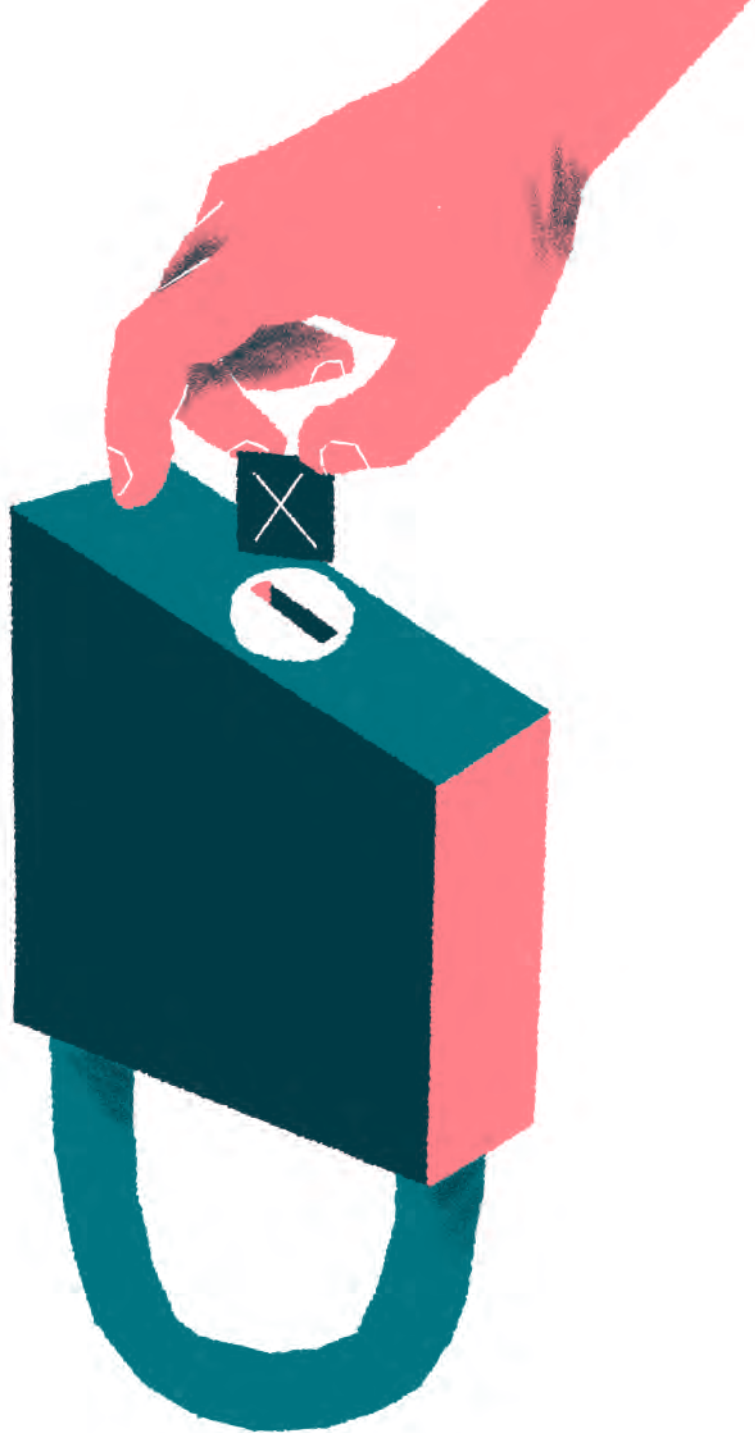
de México son sus indígenas. “Los indios de México”, como los llamó Fernando Benítez; la otra raíz, las víctimas de la discriminación que el discurso del mestizaje oculta. En 1994 un líder con pasamontañas que resultó ser ex estudiante de la UNAM hizo visible su presencia con el levantamiento zapatista. En 1996 la firma de los Acuerdos de San Andrés con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional implicó el compromiso de modificar la Constitución para tomar en cuenta los derechos de los pueblos indígenas. Un pacto que no se cumplió y que el entonces presidente Fox prometió resolver “en quince minutos”.

Hoy, una mujer indígena, María de Jesús Patricio Martínez, Marichuy, desea obtener el registro para ser candidata independiente a la Presidencia. No debería sorprendernos ni que una mujer indígena tenga propuestas ni que este hecho “indigne” a tantos. De nuevo, su lucha por la obtención del registro es un acto de visibilización de años de racismo, de machismo e injusticia. Pero es también una protesta por lo que pensamos muchos: que en este país el sistema partidista, tal como está, dio ya de sí: no funciona.

¿Sabes? Uno piensa que lo que se ha ganado no es nada, no vale nada, frente al obvio fracaso de tantos proyectos. Es fácil desesperanzarse. Pero la democracia no es algo que se gane de una vez y para siempre.

¿Vale la pena votar, actuar, pensar en un país ideal y que ese país sea el nuestro? Vale toda la pena. Cuando sufriste aquel secuestro lo que más te impresionó fue que tus captores fueran tan jóvenes y estuvieran tan desesperanzados. Que el que manejaba el coche, tapado de cocaína, dijera que hacía lo que hacía “porque compraría cosas que ni tenías ni soñabas

con tener y que él sabía que el precio de usar esa chamarra y ese reloj y esos tenis era que moriría antes de cumplir los 30". Vivir para eso, pensamos, cómo puede ser. Cómo puede alguien vivir causando tanto dolor para algo tan absurdo. Es posible pensar que se debe poder vivir en este país con otro sentido. Un sentido al que todos deberían tener derecho. Es necesario creer que puede ser posible. Por eso, tú y muchos jóvenes como tú darán todos los pasos que quieran por el mundo. Pero en esto, ni un paso atrás.





# DE CÓMO CONOCÍ A LA MUJER QUE CAMBIÓ MI VIDA

BENITO TAIBO

## I

### EL PRINCIPIO

La primera vez que oí hablar de ella, yo era un niño. Se mencionaba una y otra vez en la mesa del comedor donde mis padres y sus amigos hablaban a voz en cuello, acaloradamente, y de tanto en tanto, ella salía a relucir en la conversación. A veces tímidamente, otras a gritos, como si al mencionarla en alto, mágicamente fuera a aparecer en medio de la mesa, entre las fuentes humeantes de sopa y las copas de vino para mostrarse en todo su esplendor.

Ya fuera su nombre gritado, y acompañado por un golpe de puño en la mesa, o susurrado cariñosamente, como si fuera una amante a la que se tuvo que dejar lejos y hubiera necesidad de rescatarla, esa palabra tenía siempre evocaciones nostálgicas y sin duda cariñosas.

Me propuse, desde mis 8 años, averiguar por qué esa mujer de nombre extraño y sin apellidos aparecía todo el tiempo

en las conversaciones y era mencionada una y otra vez, cualquiera que fuera el tema del que se hablara.

Yo me la imaginaba alta, guapa, de pelo largo, castaño y sedoso, con una sonrisa perturbadora y unos modos gentiles. Y otras veces de gesto adusto pero bello, con voz poderosa, gentil pero firme, resuelta.

A lo largo de los años fue cambiando de cara y de gestos, pero ante mis ojos nunca perdió ese aire de promesa necesaria, de profético sueño, de posibilidad.

—¿Quién es la tal Democracia de la que todos hablan? —pregunté a mi padre, a los 8, mientras tecleaba su artículo furiosamente en la máquina de escribir.

Papá dejó los dedos en suspenso en el aire y sonrió.

—Es griega. Su nombre significa “gobierno del pueblo”. Es una manera de gobernar. La forma que tiene el pueblo de tomar el destino en sus manos y escoger a quienes lo representen por medio del voto.

Y yo lo miraba extasiado. ¡No era una mujer!

—¿Y por qué hablan tanto de ella tú y tus amigos? —insistí.

—Porque es tan necesaria como el aire que se respira. Y porque viene acompañada casi siempre por un par de amigas tuyas (y lo dijo siguiéndome el juego) que se llaman Justicia y Libertad.

A las otras dos las conocía, había oído hablar de ellas muchas veces y empezaba a entender sus significados y sus alcances.

Era el principio del año 1968.

Democracia, Justicia y Libertad fueron llamadas a gritos por las calles muchas veces durante los días y los meses que siguieron. Los jóvenes mexicanos las invocaron una y otra vez



y por más que lo intentaron, junto con muchos otros, no lograron cristalizar su presencia. No estaban en México.

Días tristes en que esas tres hermosas mujeres fueron arrastradas por el lodo, cubiertas de sangre, convertidas en palabras huecas y sin sentido, dichas por otros hombres que desde el poder no creían en ellas.

Pero aprendimos todos, de mala manera, su verdadero significado, su importancia.

Yo también.

## II VOTAR

Mis padres habían llegado de España huyendo del franquismo. Los dos vivieron la Revolución de 1934 en Asturias, que perdieron sus padres y sus tíos, y luego la Guerra Civil de 1936, que también perdieron. No pudieron venir antes porque mi abuelo y mi tío abuelo estaban en la cárcel, así que en cuanto tuvieron amnistías y pasaportes, ya en 1959, dejaron todo atrás y se subieron a un barco que los traería a México.

Y México significaba libertad.

Nunca supieron a ciencia cierta lo que Democracia significaba. Vivían en una dictadura y en las dictaduras no se vota. Democracia era un sueño.

Llegaron, pues, hasta aquí, y los refugiados españoles que habían venido desde 1939 los acogieron como pares, como iguales, como víctimas (que lo eran) de un cruel destino.

Aquí se podía votar y elegir. Pero sólo si eras mexicano.

Así que tampoco podían votar. Habían pasado gran parte de su vida sin poder ejercer ese derecho que hoy nos parece elemental pero que es también un privilegio.

En 1970, mis padres organizaron unas votaciones en casa para que sus hijos menores entendieran lo que significaba Democracia y vivieran sus enormes y magníficas posibilidades.

Una caja vacía de detergente se convirtió en la urna, que forrada con papel de china rosa le daba un aire muy mexicano al simulacro. Se hicieron boletas y se puso en ellas los nombres de los contendientes reales de las elecciones presidenciales de ese año. Y un recuadro abajo, muy claro con la palabra “Otro” por si ninguna de las opciones existentes convencía a ese pequeño pueblo conformado por mis padres, mis dos tíos abuelos, la trabajadora del hogar que era parte importante de la familia y los dos inconscientes que éramos Carlos, mi hermano de 6 años, y yo.

Había sólo dos candidatos registrados. Luis Echeverría Álvarez del PRI y Efraín González Morfín del PAN. Y nada más. Eran tiempos de Democracia flaca y triste.

Mi padre nos leyó en voz alta las propuestas de los candidatos y sus lemas de campaña, aunque los podíamos ver tapiizando las calles (sobre todo la propaganda del primero, que atestaba postes y vallas).

Se hicieron, pues, siete boletas y muy temprano el domingo 5 de julio de 1970 se llevaron a cabo las elecciones en mi casa, donde mis padres y mis tíos podrían votar por primera vez, aunque fuera de mentiritas.

Se nombró a mi tío Ignacio como presidente de casilla y a Conchita, que trabajaba en casa, como secretaria.

Pasamos todos en respetuoso silencio, tomándonos muy en serio el tema, y fuimos depositando, después de marcar nuestra elección con un crayón negro, las boletas en la urna.

Entendí un montón de cosas ese día.

Cómo funciona la democracia, las alianzas y el pudor.

A la hora de contar los votos, había cuatro nulos. Ni mis padres ni mis tíos, por más de mentiras que fuera la votación, se atrevieron a externar su opinión, porque sabían perfectamente que ese país maravilloso que los había acogido tiempo atrás les prohibía, hasta que tuvieran la nacionalidad, expresar opiniones políticas. Así que venció el pudor.

Había un voto por el candidato del PRI, y sabíamos que había sido Conchita, que a pesar de ejercer el sufragio de manera libre y secreta, nos había contado antes que habían prometido poner una escuela en su pueblo si ganaba Echeverría. Y por supuesto nadie cuestionó su decisión. Yo abiertamente apoyaba el hecho de que se creara una escuela, aunque mis simpatías no fueran en ese sentido.

Aparecieron dos votos, relucientes, para el cómico infantil que nos acompañaba los domingos por la mañana en la televisión y que, a pesar de no estar registrado como candidato, en mi casa tenía sin duda mucho arrastre entre los votantes más jóvenes.

En esa casilla que nadie registró y de la que no hubo noticia alguna, ganó Chabelo.

Esa fue mi primera experiencia directa con la señora Democracia. Papá pegó el acta de resultados en la puerta de nuestra habitación y un par de años después le contó la anécdota a Xavier López, que era amigo de un amigo.



Por lo visto, se sintió muy orgulloso del hecho y nos invitó a su programa. Con lo que se demuestra fehacientemente que el ejercicio del voto, tarde o temprano, tiene resultados positivos.

### III

#### DEL SIMULACRO A LA REALIDAD

Fui pues entendiendo lo que Democracia significaba y sus muy importantes reglas. Y también cómo ha sido manipulada, ofendida, engañada durante mucho tiempo.

Y sin embargo, para mí continuaba siendo una panacea. Pensaba y pienso que si hay forma de cambiar las cosas es jugando con las reglas, por más perfectibles que las reglas sean.

En el año 1978 fui, un día después de mi cumpleaños, puntualmente, a inscribirme para recibir la credencial para votar. No era solamente la forma de demostrar que uno había cumplido ya los 18 años; en mi caso, estaba convencido del privilegio que significaba poder ejercer ese derecho que para otros estaba vedado. Y en cuanto la tuve en mis manos, me di cuenta de que tendría que esperar un año más para poder votar, hasta las elecciones legislativas del año siguiente. Así que vivió en mi cartera la credencial permanente de elector, reluciente, enorme y amarilla, de cartón, con huella digital, intacta (excepto cuando la mostrabas para entrar a un cine o una cantina), mientras llegaba el tiempo de usarla por primera vez. Y confieso que se me quemaban las habas por hacerlo.

Durante mi adolescencia me hice de un montón de buenos amigos; muchos de ellos provenientes de los exilios provocados por las dictaduras en la parte sur de nuestro continente. Chilenos, argentinos, uruguayos. Jóvenes que no habían tenido tiempo de participar en los comicios de sus países de origen y que no tenían la edad para sufragar en México o no tenían la nacionalidad para hacerlo, y sin embargo estaban muy enterados de lo que sucedía en México y el mundo. Juntos fuimos encontrando nuevos caminos para, desde nuestras muy pequeñas trincheras, luchar por tener un país y un mundo un poco más justo.

Así que crecí con ellos esperando la oportunidad de vivir plenamente la política reflejada en el ejercicio fundamental de



la democracia que significa emitir un voto. Milité en las juventudes del Partido Comunista Mexicano, que era entonces ilegal (hasta el 79), y sufrí la ley del hielo de mi abuelo, que era socialista y no quería nada a los comunistas porque decía que en la Guerra Civil española los habían traicionado.

Pero yo estaba urgido de tener vida política. Y allí estuve algún tiempo, leyendo un montón y pegando carteles en la calle por las noches, muerto de miedo muchas veces. Hasta que salí del partido por motivos que no vienen al caso, habiendo cosechado nuevos amigos y recuperado al abuelo, que abrió, para festejarlo, una vieja botella de vino, pero resultó que estaba avinagrado.

Mis padres ya tenían la nacionalidad mexicana, así que el 1 de julio de 1979 fuimos juntos a votar por primera vez.

Y recuerdo claramente que fue un día luminoso.

Un muchacho de 19 y dos adultos de 55 y 51 hicieron fila, sonrientes y exultantes, para ejercer su derecho, para gozar del privilegio que significaba la boleta.

Papá enseñaba orgulloso a todo el mundo su dedo manchado con tinta indeleble. Había pasado medio siglo para saber lo que significaba el nombre de esa mujer griega tantas veces pronunciado, y de tantas maneras diferentes, en nuestra casa y nuestra mesa.

Contribuimos de esa manera a fortalecer nuestro hasta entonces endeble sistema democrático que había sufrido tanto. El Partido Comunista había recuperado su registro y se convertía en una opción legal y abierta para los electores mexicanos.

Y aprendí que cuando hay más opciones, hay más democracia.

Tengo que contarles que, desde entonces y hasta ahora, siempre he votado, en todas y cada una de las elecciones que ha habido en nuestro país. Por presidente, diputados, senadores, jefe de gobierno, diputados locales, jefes delegacionales.

Y he sido muchas veces representante de partido, de distrito, de casilla.

Y algunas veces han ganado mis candidatos y otras muchas no. Pero no me amilano. Perfecciono mi derecho al voto y, con él, lentamente se perfecciona también la democracia.

Puedo decir con orgullo que desde que he tenido oportunidad he querido mínimamente cambiar al mundo. Y tal vez

no lo he logrado, pero el mundo no me ha cambiado a mí, por lo cual siento que de alguna u otra manera estamos a mano.

Pero insisto. Y una forma de insistir es votar, y seguir votando.

## IV SEGUIR

Doy conferencias de fomento a la lectura entre jóvenes. Llevo más de quince años haciéndolo y ha sido la experiencia más gratificante de mi vida. Me he enfrentado a públicos diversos en todo el país con, creo yo, muy buenos resultados.

Son personas participativas, activas, llenas de imaginación, formadoras de comunidades creativas y responsables. Lectores, pues, o en camino de serlo. Lo que no son de ninguna manera es seres políticos. Como si “política” fuera una mala palabra de la que hubiera que huir a toda costa.

Esto se debe, en parte, al comportamiento de ciertos políticos en nuestro país, que deja muchísimo que desear. Los han visto cometer tropelías, robar descaradamente, pasar como una aplanadora por encima del Estado de derecho y no respetar las leyes que deberían cumplir a rajatabla, sino que las usan y transforman a conveniencia.

Sin duda es un panorama desalentador.

Lo que no saben, y yo les digo cada vez que puedo, es que en sus manos se encuentra la solución. Y que el voto es una herramienta única, indispensable, para transformar el estado de las cosas.



Yo fui tocado por el embrujo de la política en el mejor de los sentidos, descubrí con el paso del tiempo los mecanismos y fórmulas que tienen las democracias para quitar de en medio a los seres nocivos para las libertades y la vida social comprometida.

—¡Un voto no sirve para nada! —me dijo francamente enojada una chica de una prepa en la periferia de la Ciudad de México, una zona dura donde la violencia familiar y social campea a sus anchas.

—Pero mil sí —respondí—. He visto elecciones en las que ciertos candidatos ganan por márgenes ridículos—. Y es allí donde radica el poder del voto, en la creación de comunidad.



Si todos pensamos que nuestro voto, solitario, no sirve, hay que pensar de manera diferente, pensar en los otros, que, junto con uno mismo, somos una fuerza de cambio impareable.

He visto, insisto, a cientos, miles de jóvenes “desencantados” que no han caído en cuenta de que para que el desencanto opere en nuestras vidas previamente tuvimos que haber sido encantados. Y esto quiere decir, sencillamente, que debemos tomar conciencia del inmenso poder que tienen nuestras acciones mínimas a realizar y que son las que cambian nuestro entorno.

Cambiar lo que está mal en nuestra casa, nuestra calle, nuestra colonia, nuestra ciudad, es una manera de cambiar al mundo.

Es más, creo que es la única manera posible de cambiar al mundo.

No podemos seguir creyendo que el voto nulo, o el no votar, incida en el resultado de las elecciones. En las democracias participativas gana el que mayor número de votos tenga. Punto. Los votos nulos o la ausencia de ellos lo único que genera es un vacío. Una muestra de descontento, sí, sin duda, pero de una efectividad nula para la toma de decisiones.

En momentos de crisis por una hecatombe natural, he visto, maravillado, cómo opera la fuerza solidaria de los jóvenes.

Miles de ellos salen a las calles a buscar y rescatar víctimas, a remover lo inamovible, a organizar puestos de socorro con medicinas o centros de avituallamiento. Incluso llega un momento en que la oferta supera con creces a la demanda.

Y estoy seguro de que esa movilización social, auto organizada, es la que tiene en sus manos el destino de la patria. La sociedad civil.

He dejado de confiar, como la gente joven, en los políticos tradicionales. En las palabras huecas, en las promesas vacías, en la caridad como moneda de cambio. Y creo que están apareciendo por todos lados, nuevos actores.

Nunca hicieron la escuela en el pueblo de Conchita, y pasaron más de cuarenta y ocho años. Y eso, para mí es una afrenta.

Tal vez ha llegado el momento de pedir por escrito los compromisos de campaña, de juzgar a los que no los cumplen, de recuperar entre todos el Estado de derecho.

“Eres un ingenuo, Benito”, podrá decir cualquiera que lea esto.

Y yo contestaré que prefiero ser un ingenuo que un cínico.

Que creo en el inmenso poder de la organización popular y en la belleza de la señora griega que conocí hace tantos años y que se llama Democracia.



## ZURDOS Y DIESTROS

JORGE VARGAS BOHÓRQUEZ

Ha llegado a la conclusión de que mis hijos y los de mis hermanos no se merecen el futuro que se avecina. Un mundo al que los adultos de ahora están tan acostumbrados. Pensándolo bien, la mayoría de las personas que conozco también ha aportado su granito de arena al despropósito que estamos viviendo. Porque si alguien dice que lo que está pasando en México no es tan grave, miente como Pinocho.



Mi amigo Manuel suele repetir algo que tiene mucho sentido para todos los que nos juntábamos en la colonia Roma años atrás: quisimos volar antes de caminar.

De chamaco, yo era malo para los juegos, pero era bueno para soñar. Por eso cuando Manuel dice aquello de que debimos caminar primero, siento que lo dice por mí. Y lo miro de reojo, maldiciéndolo pero dándole la razón. Creo que el primer error que cometimos en aquel entonces fue querer transformar al mundo.

Y todo empezó por mi culpa.

Pero antes debo mencionar un par de cosas que se me agolpan en la cabeza: he visto que una de las grandes cualidades de nuestra condición animal ha sido poder adaptarnos a casi cualquier situación, no sólo las naturales sino las sociales, tanto en los campos como en las ciudades. Por eso hemos colonizado casi todos los ambientes geográficos. Desde Alaska hasta la Tierra del Fuego.

Aunque también está claro que basta encender el celular de 10 mil pesos o la tablet ultradelgada de 20 mil para darse cuenta de que lo que nos conceden sin mucho esfuerzo, como estas cosas, nos daña y nos hace despreocupados, mezquinos con el entorno.

Lo que quiero decir es que cuando la familia, o el gobierno a cargo de un país entero, les facilita casi todo lo esencial a las personas, les hace olvidar el sentido de la necesidad. Las protege en exceso y así las vuelve proclives a la pereza, a la despreocupación. Esos gobiernos se portan como papás sobreprotectores y acaban creando chavos y chavas demasiado pendientes del espejo: tienen mucho tiempo para olvidar.

Y, claro, igual me pongo a pensar en el otro extremo, donde están las sociedades que le niegan acceso de casi todo a la gente: trabajo, comida, techo y oportunidades. Si me pongo irónico y exagero, podría decir que estamos viviendo una realidad como en *The Walking Dead*: los seres humanos eliminan a los zombis para poder sobrevivir, en una lucha y angustia permanentes. El alimento escasea, aparecen líderes que conspiran contra otros para imponer su visión de la batalla por la vida, todos se cuidan de todos. La supervivencia es lo



único que cuenta. Pensar sólo en uno mismo es un asunto instintivo.

No hay zombis, por supuesto, pero vaya que hemos creado una realidad de lucha, de oposición constante, de agravamiento del conflicto, de corrupción y hasta de violencia sin control. Ahora nos vigilamos los unos a los otros con celulares y grabamos a la menor oportunidad. Tiene sus ventajas, como que allí podemos organizarnos para casi todo activismo que queramos ejercer, en la red. Pero si nos hacemos famosos por grabar y subir algo malo, fantástico también, nadie se inmuta.

No hay que ir más lejos.

De todas formas no me aguanto las ganas de pensar a veces que en el México de hace unos cincuenta años, no había que hacer tanto para vivir con mínima decencia (si acaso existe una mínima y una máxima decencia). No había que desgastarse tanto trabajando, ni había que saber tanto, que innovar tanto. Ahora hay que estar al día, informado al minuto, saber hablar varios idiomas, manejar diversos códigos tecnológicos; todo es más caro, los filtros para acceder a ciertos sectores sociales están más cerrados: alguien clausuró la puerta y tiró la llave en un pozo con pirañas.

Y por eso es que me han estado rondando dos preguntas constantemente: ¿vale la pena creer en el futuro?, ¿es este el mundo que les dejaría a mis hijos?

Diría Sí a la primera y No a la segunda.

Y por esas mismas preguntas es que me remonto a cuando iba en la escuela, a cuando jugábamos en la calle porque el espacio público nos pertenecía. Éramos más atentos al entor-

no, nos lo apropiábamos. El trompo, el yoyo, el avión... eran extensiones del mundo adulto: montábamos reglas de juego para que alguien saliera victorioso. Era una política para principiantes. Y si alguien era bueno para los juegos, un líder, un ganador, creíamos que le esperaba un futuro prometedor de adulto. Hasta los papás de los demás lo pensaban. Aquella cercanía con la calle volvía muy fácil el hecho de que en la adolescencia estuviéramos todavía más alertas ante lo que nos rodeaba. Era inevitable. Pero incluso en aquellos tiempos, que podrían llamarse de bonanza, quisimos transformarlo todo. Manuel y yo y toda la palomilla. Queríamos ir lejos.

Cierto día me sancionaron por alguna trastada y fui a dar a la biblioteca. Así nos castigaban ya en la prepa, haciéndonos leer.

“Escoge el libro que quieras”, me dijo la inspectora, gorida y nalguda, con rostro de jefa de piso de penitenciaría.

Deambulé por los pasillos y al fin me llamó la atención un lomo de tan ancho que era, además el título decía: *Crimen y castigo*. Pasé rápido la vista por la contraportada y me enteré de que Dostoievski era célebre desde hacía un siglo por aquella novela rusa. La calificaban de “mágica y brutal”, así que hojeé unas cuantas páginas de atrás para delante y, al detenerme al azar, leí: “El hombre en la superficie de la tierra no tiene derecho a dar la espalda e ignorar lo que sucede en el mundo, y para ello existen causas morales supremas”. Obviamente (pienso ahora), Dostoievski ignoraba que más tarde vendrían el iPhone y los Zetas.

Después agarré con desgano uno que se llamaba *Así se templó el acero*, de un tal Nikolái Ostrovski. Pensé que era de



fundiciones y barcos. Nada que ver, era de un chavo, Pavka Korchaguín (Pável para los cuates), que vivía en la época de la



Primera Guerra Mundial, en la Rusia de los zares, y era uno de los luchadores más pesados que hubo para hacer la Revolución rusa. Querían un mundo mejor, derrocando al capitalismo y batiéndose en guerra armada contra los enemigos de la naciente Unión Soviética, allá por 1917.

Tras las primeras líneas, que me decepcionaron porque no era un libro de barcos y fundidoras, me entró la sensación (que luego se volvería casi una adicción) de querer saber qué pasaría en la siguiente página con un personaje que era de mi edad y que ya formaba parte de cosas que cambiaban al mundo, y no sólo a su calle, como era nuestro caso cuando correteábamos a algún ladrón en el barrio.

No digo que corretear a un ladrón no sea provechoso, sobre todo si el asaltado es uno, sólo digo que cargar un fusil a los 15 años contra los malos malos, es decir aquellos que tenían ideas despiadadas del mundo, no estaba nada mal. Decidí robar el libro de la biblioteca. Dicen que quien roba un libro, roba un tesoro, así que me hice pirata.

Les conté a mis amigos la historia de mozo Pavka, de los locos alemanes que invadían Europa cuando se les antojaba y sobre la Rusia de los palacios, de los guardias blancas (en oposición a las guardias rojas), de los jóvenes socialistas que querían un mundo más igualitario y justo, donde no hubiera ricos ni pobres, donde el trabajo te lo garantizara el gobierno y todo mar-

chara de maravilla. Pues resultó que yo no sólo era bueno para soñar, sino también para hacer soñar. Así que, de un día para otro, éramos todos los del grupo, unos seis, revolucionarios. Los libros dejaron de ser un castigo, la biblioteca se convirtió en un lugar frecuente de visitas para saber más sobre eso de ser revolucionario y socialista, izquierdista, comunista, ateo, guerrillero y demás términos necesarios para la operación llamada Transformar al Mundo. En lugar de whisky pedíamos yogurt para acompañar los libros, pero fuera de la escuela nos dábamos permisos.

La Rusia de la que hablaban en una de las novelas para jóvenes más célebre de toda la historia (*Así se templó el acero* es de las novelas más leídas de la historia y está entre los libros que los jóvenes con interés en la política se llevarían en un hipotético viaje al espacio) era una fuente para que la revolución surgiera en cualquier dirección. No era como decían los marxistas en todo el mundo, que las contradicciones se habían agudizado hasta llegar al punto necesario de una revolución proletaria. Como cuando se calienta tanto un metal que acabará por romperse inevitablemente. Millones de personas en México y el mundo creíamos que eso era así. Nos conmovía Pavka con sus 17 años tan revolucionario, tan convencido de los ideales y tan virtuoso. Él era el mejor ejemplo de cómo sobreponerse a la circunstancia, cómo dejar de quejarse de las dificultades y luchar por sus metas: ciego y enfermizo, fue uno de los más valientes combatientes. Recuerdo que me sabía de memoria un pasaje que citaba adonde fuera:

“Lo máspreciado que se posee es la vida. Se nos otorga una sola vez, y hay que vivirla de forma que no se sienta un

dolor torturante por los años pasados en vano, para que no quemame la vergüenza por el ayer vil y mezquino, y para que al morir se pueda exclamar: toda la vida y todas las fuerzas han sido entregadas a lo más hermoso del mundo, a la lucha por la liberación de la humanidad. Y hay que apresurarse a vivir. Pues una enfermedad estúpida o cualquier casualidad trágica pueden cortar el hilo de la existencia.”



Comparábamos al México de los años 70 con la Rusia socialista. No queríamos que hubiera más pobres, tantos ancianos pidiendo limosna, animales abandonados. Las elecciones estaban trampeadas, siempre ganaban los mismos. Los partidos de oposición nunca incluían a la gente joven. Todos los políticos eran de pelo blanco y fumaban puro. Los jóvenes éramos una raya en la pared. Tenía sentido no apostar a la vida en común y vivir como un paria político.

Leíamos filosofía como quien lee castillos de lego, como tenía que leerse, sin miedo: las ideas eran como castillos para armar. Provocaban tanta adicción como cualquier otra cosa, como el juego, como el amor. Soñar era muy adictivo. Intercambiábamos folletos de lucha de guerrillas. Mirábamos películas y documentales sobre la Revolución cubana. Nos sabíamos todas las películas de cine de arte, íbamos a todas las exposiciones, corríamos a todas las marchas. Viajábamos por el sur, visitando Oaxaca, Guerrero y Chiapas, recreábamos la ruta de los pueblos que liberaríamos. Fumábamos mota en bares clandestinos del centro, donde planeábamos tomar delegaciones poli-

ciacas de Tláhuac y Xochimilco. Cambiamos el yogurt por las chelas. Idéntico a como lo hacía Pavka en la Rusia de los zares, la Rusia de las guardias blancas que a caballo combatían en las estepas y en los Balcanes. En mi mente, las nevadas llanuras rusas eran similares a los valles y cerros de México, donde los indígenas y los pobres morían de hambre sin llegar a viejos.

Las armas para la revuelta llegaron con la aparición de un miembro de la guerrilla urbana, Jorge, que ya tenía 20 años, nosotros apenas entre 15 y 18. Sin la toma violenta del poder no habría cambio posible. Los burgueses nunca entregarían el mando con sus típicas elecciones amañadas, era una de sus enseñanzas máximas.

Y llegaron con la férrea convicción de derrocar a los gobiernos priistas corruptos y a la burguesía que le hacía la comparsa, los dueños del país. Así pensábamos. Pero queríamos ir más lejos y nos propusimos, nada menos, atentar contra algún notable representante de la oligarquía opresora.

Gabriel, uno de nuestro grupo, trabajaba de fotógrafo en un diario de la capital. Le avisaron que el embajador de Chile vendría de visita. El presidente lo recibiría en el Club de Leones del sur de la ciudad. Invitaron a toda la prensa. Gabriel me consiguió una credencial de corresponsal falsa. Dentro de la caja donde guardaba el tripié de la cámara metimos un rifle de caza de largo alcance. Yo me apostaría en un piso alto desde donde le dispararía entre ceja y ceja al emisario de la dictadura de Pinochet, quien asesinó y desapareció a miles de jóvenes.

Cuando empezó el acto de bienvenida, me instalé en el primer piso, que funcionaba como bodega, nadie me veía. Todos entraban por el ala principal del club. La idea era quitar

del camino a un indeseable y esperar que las demás células rebeldes despertaran de su letargo y reaccionaran tomando las delegaciones políticas y municipales hasta llegar al Distrito. Acomodé el rifle en el tripie y apunté a mi objetivo. Mientras se echaban su discurso de siempre, divagué un segundo y pensé en mis padres, en la ensalada de fruta que le preparaba mi papá a mi mamá, en cómo salía al jardín a regar las plantas y



cómo él veía un inmenso placer en esa rutina por demás banal. Pensé en los perros del patio y su suave calma acostados tomando el sol, en sus carreras al recibirme de la calle. En las caricias de mi madre en mi cabeza al irse a dar clases, y en su infaltable: Cuidado con hacer locuras, y recoge tu ropa. En el dolor que les causaría si me capturaban, en la persecución, la tortura a mí y a mis amigos para que nos delatáramos entre nosotros. Fue un segundo de duda. Un millón de años de consecuencias.

Una voz, la de la conciencia de mis 19 años, en los que ni un arroz sabía prepararme, me susurró al oído: Así no. Así no.

Recuerdo que dejé el rifle en el piso como si fuera una serpiente que estaba por despertar y salí a la calle. Tenía las manos frías como dos trozos de hielo. No entiendo cómo no me vio nadie de seguridad. Nunca fui religioso pero creo que, envolviéndome en un aura de bondad, la mano de Dios me llevó hasta la calle, sin que nadie reparara en mí o fuera detenido.

Gabriel siguió cubriendo la nota, esperando el disparo que nunca sonó. Pero entendió perfectamente cuando se dio cuenta de que nunca llegaría. Vio a los protagonistas del evento diplomático continuar el acto sonrientes. Huyó a Guerrero, aunque no había necesidad. Nadie nos persiguió, nadie se dio por enterado. Supongo que alguien de seguridad encontró el fusil y especularon hasta el hartazgo. Desde entonces, cada quien siguió su vida sin volver a hablar del tema. No se dijo nada en las noticias. De esas cosas que para qué hablarlas. Estaban tan evidentemente mal hechas y concebidas que era mejor sepultarlas, como se hace con los traumas. Cambiamos de rumbo. Nos dejamos de ver casi por tres meses. No salíamos de casa. Estábamos aterrorizados por lo que estuvimos tan cerca de hacer.


Después de un tiempo, el fervor se fue haciendo letanía. El miedo a las consecuencias, y la idea de matar a una persona, nos fue minando la conciencia hasta dejarnos sin opciones. Íbamos a marchas, aventábamos a veces bombas molotov en protestas por el alza de la gasolina, terminamos Filosofía, Gabriel le entró a un posgrado de Letras en la UNAM. Nos fuimos aislando nosotros mismos.

Pasamos de la protesta continua, pasamontañas y piedra callejera, de romper vidrios y marchar cada fin de semana por la causa que fuera, a desdecirnos de la política en general. Nos mantuvimos siempre de izquierda y de vez en cuando nos reuníamos para analizar el estado del país. De pronto publicábamos algo en revistas universitarias. Nos especializamos en criticarlo casi todo, sin adherirnos nunca al sistema: el dinero era resultado del capitalismo, del abuso, del engaño. Tra-

tábamos de mantenernos ajenos a él, sin saber que estábamos construyendo nuestra propia rutina de aislamiento. Éramos sólo unos niños clasemedios, bien intencionados, cuyas creencias eran recompensadas por adultos igual de bien intencionados pero tontos.

Por cierto, seguíamos viviendo con nuestros papás.

Por ejemplo, un tío, hermano de mi papá, siempre repetía que todo patrimonio estaba basado en el despojo de otra per-



sona. Que toda riqueza era el resultado de la apropiación del sustento de otros. Nunca decía de quiénes, sólo decía que de los demás, de los obreros, nunca decía de qué obrero; de los indígenas que habitaron México, repetía, pero nunca decía de cuáles en particular.

Yo me ponía a pensar si mis padres, que tenían su casa en la Roma, donde vivíamos, también habrían despojado a alguien de ese patrimonio. Ellos que habían trabajado como hormiguitas toda su vida. Así, poco a poco dejaron de tener sentido las cosas que los adultos de izquierda nos decían para reforzar el pensamiento de los jóvenes.

El Porsche. Un auto para conocedores. Recuerdo que le conté a un maestro que había visto ese auto en una revista y que un día tendría uno. Bueno, no me bajó de burgués, enemigo de clase, falso profeta, infiltrado de mezclilla. Algo no estaba bien en el mundo de las ideas.

Por el otro lado, del lado materno, todos mis tíos trabajaban en el comercio o tenían pequeños negocios. Les iba muy

bien, todos tenían casas grandes. Mi tío Antonio era dueño de la Casa del Pañuelo, que estaba en 5 de Febrero, en el centro de la ciudad. Tenía un BMW, con la mejor suspensión del mundo. Viajaba con frecuencia a Orlando y le gustaba conversar conmigo porque siempre le preguntaba que qué pasaría con los pobres de México. Y él daba una explicación demasiado práctica:

“Le encontraron el gusto al hecho de que el Estado y los gobiernos se preocupen siempre por ellos. No quieren cambiar. No saben adaptarse a las reglas del juego. La ambición les parece un pecado. Sin embargo, el mundo ha dado un giro de 360 grados y la humildad es el modo de vida, sólo esconde la falta de aptitudes para el mercado profesional. Lo importante ahora es el dinero y el futuro. El dinero es el señor de todos los medios para un fin. Debes estudiar Economía, Finanzas, Administración, Medicina, Derecho... etcétera.”

Es el panorama de un mundo en guerra. Como el de *Así se templó el acero*, pero sin moral, sin virtudes, sin ideales. Ya basta de la guerra. No somos guerreros. Lo maravilloso de la épica de Pavka es que su lucha era una coyuntura, su voluntad era la del hierro. No vivía para sí, aun cuando lo que sería la Unión Soviética pervirtiera los ideales, el ejemplo fue que había que luchar por una forma de normalidad social en la que los conflictos se resolvieran sin el exterminio del otro.

A diferencia del Pavka que se convirtió en un héroe para la revolución —porque ciego y malherido, flaco, ojeroso y sin ilusiones dejó a un lado el amor y siguió adelante hasta vencer a los enemigos de los soviets, arrinconado en el Cáucaso—, nosotros nos convertimos en todo menos en transformadores del



mundo. Lo único bueno de todo aquello fue no haber cometido la atrocidad el día del recibimiento al embajador de Chile.

Porque el problema no estaba en no poder transformar al mundo, sino en cambiar tu realidad. Hacer de tu ambición algo inmediato, recortar tu realidad y hacerla algo de carne y hueso. Empezar por tu espacio, tu casa, tu calle, tu barrio, tu comunidad... La historia después dirá que se transformó el mundo. El error estaba en que como jóvenes nos proponíamos ideas muy lejanas y abstractas. El mundo, la historia; la inocente idea de que el mal era algo que se podía erradicar del ser humano.



A diferencia de la Rusia zarista, en el México de los años 70 no había una Alemania invasora, ni las guardias blancas, ni un zar azteca. Sí mucha desigualdad, mucha corrupción. Es más, ahora en algunas cosas estamos peor que antes. La violencia y la inseguridad son escalofrantes; la corrupción nos avergüenza en el extranjero. Así que nosotros, ex guerrilleros, cuando fuimos a dar clases a un colegio de paga, como modalidad de titulación, el Truman, de los más *nice* del país, vimos que eso de las clases sociales no era como lo pintaban. La situación y los intereses entre los ricos y los pobres son diferentes, pero la preocupación por vivir en un mundo mejor es compartida. Lo que decían los libros de política era más como un modelo que pintaba a grupos sociales siempre en confrontación, queriéndose eliminar unos a otros. Para qué seguir esas recetas al pie de la letra, me pregunto. Sólo agravan el conflicto, haciendo al hombre lobo del hombre.

Conocer a las personas en vivo, de cerca, usualmente destruye los estereotipos sobre ellas, lo que nos hace quedar ante nosotros mismos como unos tontos. Pero el interés por lo político, por el debate, la curiosidad por hallar soluciones jamás se nos fue.

Los jóvenes de clase alta tienen resuelto en general el mañana, pero experimentan las mismas inquietudes por salvar su realidad y a su país de los mismos males que aquejan a los pobres. Y su humanidad, su vulnerabilidad ante la incertidumbre del futuro es la misma. Con ellos supimos que tampoco quieren este México del presente.


En cierto punto empezamos a dejar de criticarlo todo, y entre Gabriel, Jorge, Manuel y yo empezamos a notar que muchos partidos viven de alimentar el odio entre ciudadanos y políticos. Alimentan con cebo, como la sangre de pescado que se lanza al mar para atrapar tiburones, la necesidad de la gente a partir del resentimiento. Entonces, el que tiene automóvil resulta ser un falso culpable de que yo no lo tenga. Al que tiene casa me lo venden como mi enemigo, como el que me robó mis oportunidades. De esas nociones había que alejarse como quien huye de un enjambre de abejas africanas.

Así decidimos que, en lugar de criticar y reprochar a todos por todo, debíamos participar en la política con las reglas del juego que estaban puestas para eso. Eso era democracia, en ausencia de otro sistema mejor, debíamos utilizarla para intentar cambiar las cosas.

Nos impactó e influyó mucho un joven independiente en Chile que se lanzó como candidato sin partido. Ya no teníamos pretextos: si tanto criticas, si todo te parece mal, lánzate

de candidato y entra a la política en lugar de vivir aventando piedras y apuntando con el dedo del reproche eternamente.

Recuerdo cuando un ladrón a la madrugada cortó los cables de cobre del alumbrado para venderlos en el mercado negro por una miseria, seguramente. Yo me había despertado para ir al baño cuando escuché un ruido extraño. Justo en ese momento se fue la luz. El ratero corría a mitad de la noche oscura, arrastrando por la calle 80 metros de cable de cobre. Había dejado sin luz a toda la cuadra. Lo perseguí hasta donde me dio el aliento, él abandonó el botín a mitad de la carrera. Lo recogí y llamé a la policía. Todo el mundo salió a su puerta, pero muy pocos demostraron interés en reunirnos para llamar a la



compañía de luz a que vinieran a resolver el problema. Como en *The Walking Dead*, quizá por el sueño, los vecinos de mi calle parecían ciudadanos zombis.

Así era en general, la gente reclamaba y se quejaba pero no quería formar parte de la solución. Aún hoy sigue poniéndose en manos de otros al momento de enfrentar problemas. Nos educaron mal. Cada vez que escuchaba a alguien decir que los políticos esto, que los políticos y funcionarios lo otro, le decía sin temor: “Lánzate de candidato, afíliate a un partido o ve solo, yo te apoyo, pero basta de quejas”.

Y luego los adultos nos decían que maduráramos. *Cool*.

Nos han enseñado a delegar ambiciones en otros. Eso de ser hijo sí que marca para siempre. Pienso que crecer implica empezar a cambiar las cosas sabiendo que es posible y pen-

sando en hacerlo uno mismo. Dejar de delegar. Sin violencia. La queja constante no sirve de nada, sólo agrava las cosas y nada cambia.

La política es un desafío al pensamiento y la estrategia. Es un ajedrez que enseña muchísimo sobre uno mismo y sobre la condición de los demás. Maldecir la política sólo nos hace irresponsables, ciudadanos zombies. Cada quien está perdido en su limbo personal, sin futuro común, cada uno deambula en su rol de desencanto.

Hay quien dice que la política es una ficción necesaria, no está tan equivocado. Sobre todo porque casi toda la política pasa por una condición que es su naturaleza: la representación. Cuando se elige a un candidato en las urnas, se lo hace para que nos represente. Él hará cosas por nosotros, en un acuerdo tácito. Si hay afinidades con el candidato, estamos bien representados.


Nunca hay que olvidar que la representación es la ficción de la unidad, votar es la consagración de esa unidad, el ciudadano y el candidato son uno mismo. Esa ilusión de unidad, que en algunos momentos es tan verdadera como un objeto asible, con forma y color, es la verdad de la conciliación que implica participar y votar.

¿Por qué la experiencia de Pavka Korchaguín, nuestro héroe soviético de la novela de la adolescencia, fracasó? Porque hicieron de una idea, la del socialismo, una religión, una doctrina del día a día infame y persecutoria. Casi todo se echó para atrás. El respeto y la obediencia estaban basados en la amenaza de ser detenido o desterrado a Siberia. Amenazados, así se vive en los sistemas autoritarios, y atentar contra los gobernantes de tales países conduce a que los autoritarios se rea-

firmer en sus medidas represivas. Usualmente son los jóvenes quienes más padecen en los países totalitarios.

Siempre simpatizaré con el pensamiento socialista, pero no habría podido vivir en un país como aquél. Estoy seguro de que tú tampoco. Que nos dijeran cómo pensar, a dónde sí poder viajar y a dónde no, si podías tener un iPad e internet o no, poder jugar mi juego preferido en línea, *World of Tanks Blitz*, o no, dizque porque eso es burgués y alienante. Eso no lo hubiera podido tolerar. Entonces no habría dudado en convertirme en un Pavka mexicano y luchar contra los opresores socialistas.

En realidad, la política es un área de oportunidades, no de la guerra de unos contra otros, no de la justificación de toda protesta social con el argumento del desamparo ni desde la cuna de paja del reproche. Todo tiene una causa histórica. No se trata de celebrar las afinidades del pensamiento que atrae



encono y odio, de malos y buenos. Para qué reducir la política a eso. A una película de vaqueros. Para qué caer en la crítica al Estado sólo desde el panfleto de la unanimidad si el gobierno mismo es el que garantiza esa crítica que lo legitima como plural, valiéndose de los que reclaman con la zurda pero cobran con la diestra. No tiene caso jugar a la rueda de la fortuna ideológica todos los días. Tampoco vale la pena repetir manifiestos para ahorrarse descalificaciones. No somos infiltrados ni simuladores. Cualquier pensamiento que diga que es el verdaderamente crítico es el menos verdadero.

Para ubicar a los actores en la política es importante entender dos conceptos que han separado al mundo hasta el día de hoy: derecha e izquierda. Los adeptos a la primera defienden la libre empresa y las libertades, tratan de conservar el orden social y la competencia. Los de la segunda línea hacen hincapié en lo social, atacar la pobreza, limitar el enriquecimiento. La mayor parte de las revoluciones se ha apegado a la corriente de izquierda. Todas, sin excepción, han fracasado. Pero han puesto el dedo en la llaga sobre temas esenciales: pobreza, educación, igualdad de derechos.

Los golpes autoritarios para conservar los privilegios que defienden los de derecha también fracasaron. Por eso la política de señalar con el dedo no basta, de estar en contra de todo lo que decida un gobierno no conduce a nada. Hay que jugar con las reglas del juego democrático en lugar de tirar el tablero, o de querer dispararle al Rey. Ese es el desafío, capitalizar las reglas del juego en aras del bien común. De lo contrario, es como querer jugar ajedrez y que alguien diga: “Oh, no, las reglas son muy restrictivas, están hechas para jugadores muy diestros, es un juego amañado”.

Por suerte, hoy en día la política es la negación de la verdad última, del bien para siempre.

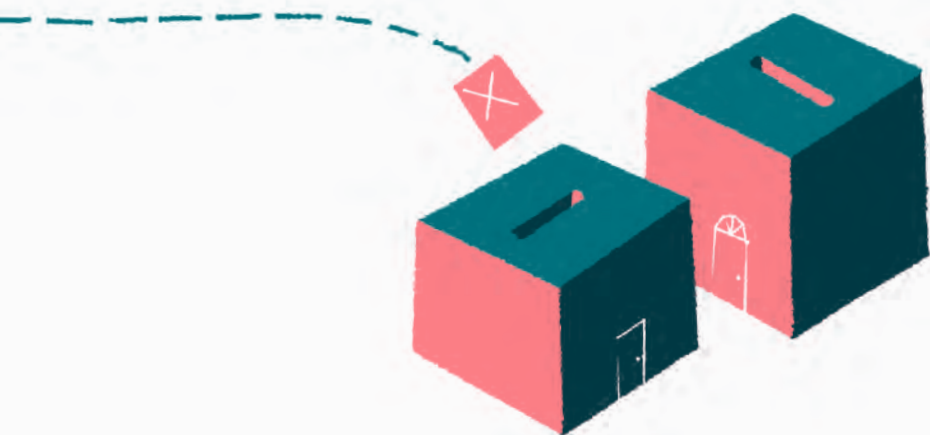
Ni los partidos ni el sistema de partidos, mucho menos el sistema electoral son los problemas. La experiencia de Pedro Kumamoto, que en 2015 ganó una diputación local en Jalisco como candidato independiente, sin los recursos de los partidos, fue un antes y un después. Él solo, con sus 25 años, marcó un antes y un después. *Outsiders*, les dicen ahora. Dejó de quejarse, dejó de señalar con el dedo y apostó por el voto de los

interesados en un cambio de perspectiva. Joven, joven, esa era su fuerza, ser un joven.

Renovó el sistema electoral sin proponérselo: demostró que votar valía la pena, que un joven se puede poner en el centro del escenario, de la representación, sin disparar una bala o una mentada de madre; que tiene más mérito aprovechar las reglas del juego para filtrar tus ideales y tus ambiciones, en lugar de quedarte sentado en la orilla del río, llenando la botella de papelitos que nadie leerá.

Luchar vale la pena. Participar lo vale aún más. Crítico valiente del sistema de partidos, Kumamoto dejó claro que el voto es el arma secreta de la política y no la toxina que lo enturbia. Dejó claro que ya no es asunto de izquierdas o derechas, de liberales o conservadores. Dejó clara una lección que todo el mundo usa como una frase perdonavidas, dirigida a los jóvenes, pero que fue real en su boca: el futuro está en tus manos.

La gran aventura de Pavka y Kumamoto los hermana: la voluntad como el motor de la historia y el voto como el gran legado de los sueños de la guerra y que no debemos dejar de agradecer.



## SOBRE LOS AUTORES

**ANTONIO MALPICA.** Escritor, ingeniero en sistemas y músico. Primer mexicano ganador del Premio Iberoamericano SM de Literatura Infantil y Juvenil, que además ha obtenido numerosos galardones nacionales e internacionales, como el prestigioso premio White Ravens gracias a *Por el color del trigo*. También escribe para adultos: ciencia ficción, novela negra y teatro. Su obra literaria abarca casi cincuenta libros publicados individualmente y diversas participaciones en antologías de cuento.

**ROSA BELTRÁN.** Novelista, cuentista, ensayista y traductora. Algunos libros suyos son *La corte de los ilusos*, *El paraíso que fuimos*, *Alta infidelidad*, *Efectos secundarios* y *Amores que matan*. Parte de su obra se ha traducido al inglés, italiano, francés, holandés y esloveno, y ha recibido distinciones como la de la American Association of University Women, el Premio Planeta de novela y el premio Sor Juana Inés de la Cruz. Ha sido subdirectora de *La Jornada Semanal* y directora de literatura de la UNAM.

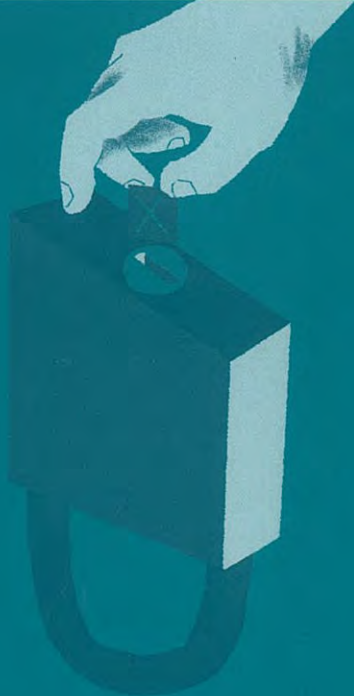
**BENITO TAIBO.** Periodista, poeta y novelista, historiador y promotor de la lectura. Actualmente es director de Radio UNAM. Su trabajo transita entre la poesía, el cómic, la televisión, la radio y la publicidad. Ha escrito, entre otros libros, *Persona normal*, *Desde mi muro*, *Pólvora* y *Corazonadas*. Es uno de los narradores más queridos entre los lectores jóvenes de México.



**JORGE VARGAS BOHÓRQUEZ.** Asesor en comunicación y gestión política, narrador, corresponsal y profesor universitario. Participó en las antologías *Narrar el instante*, *La escritura invisible* y *Nuevas interpretaciones de la democracia en América Latina*. Ha publicado en *El Nacional*, *La Jornada*, *unomásuno*, *Etcétera*, *Revista Mundo*, *Metapolítica* y *Vistazo*. Se especializó en filosofía y teoría políticas en la UNAM, y en comunicación política en el CADEC.

**SANTIAGO SOLÍS.** Ilustrador, diseñador y director de arte egresado de la Universidad Autónoma de Durango, con especialidad en diseño editorial por el EDINBA. Ha recibido premios en el *Catálogo de Ilustradores de Publicaciones Infantiles y Juveniles* de Conaculta; el *Catálogo Iberoamericano de Ilustración*; el concurso de cartel *Invitemos a Leer*: Conaculta/FILIJ, la *Bienal Internacional del Cartel en México*, el *Catálogo de ilustración CJ Books* (Corea) y la *Trienal de Cartel Político de Mons* (Bélgica).





No te dejes llevar por el sentimentalismo ni por la víscera entre bandos, aun a pesar de que sea precisamente ese fuego emotivo al que por desgracia se le arroja más combustible en casi todas las campañas electorales.

Tampoco te apantalles con los anuncios que apuestan por el miedo y el desencanto, ni siquiera por los que pretenden ser inspiradores. La reflexión es lo que cuenta.

¿TE CHOCA LA POLÍTICA?  
¿ACABAS DE CUMPLIR 18?  
¿PARA QUÉ TE SIRVE  
LA CREDENCIAL DE ELECTOR  
ADEMÁS DE QUE TE DEJEN  
ENTRAR A LOS ANTROS?

El **Instituto Nacional Electoral** ha reunido a entrañables escritores que te cuentan en este libro sus experiencias con la democracia, cómo ha influido en su vida cotidiana y en su forma de ver el mundo, pues la idea de pactar entre todos funciona en el día a día y desde tiempos ancestrales.

Mucha gente se siente decepcionada, hay quienes consideran no votar y regalan su poder de decisión a los demás. Pero la desesperanza te inmoviliza, y es justo ahí donde lo que no nos gusta surge con más fuerza. Además, para lograr lo que queremos en la vida personal se necesitan buenas condiciones en la vida pública. Por eso es vital que ejerzas tu derecho a decidir. Que tu voz sea escuchada. Sobre todo tomando en cuenta lo que de veras importa en la comunidad.

Participar vale la pena porque significa apostarle a solucionar nuestros conflictos y porque la voluntad es el motor de la historia.



[www.megustaleer.mx](http://www.megustaleer.mx)



[/megustaleermexico](https://www.facebook.com/megustaleermexico)



[@megustaleermex](https://www.instagram.com/megustaleermex)

  
ALFAGUARA